MEJOR ESTA, QUE ESTABA.

COMEDIA

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Mis zelos dixeron bien.
¡Pero quándo dicen mal
las desdichas, que han de ser! Jorn. III

ARGUMFNTO.

Flora, dama disfrazada, encarga á Carlos (que se hallaba en Viena) detenga á un caballero, que la queria reconocer; y por hacerlo, da muerte á Licio, primo y amante de Flora; quieren prenderle; y huyendo, se entra en casa de la misma, sin conocerse uno ni otro; procura ampararle, y sabiendo despues, ser el que tubo el lance por ella, se empeña mas en servirle.

Don Cesar, viejo, como Potestad de Viena, solicita la prision, y sabiendo, ser Carlos Colona el agresor, á cuyo padre debia vida y honor, se halla en empeño, de librarle y favorecerle.

Arnaldo, que iba acompañando á Licio, quando sucedió la desgracia, busca con empeño á Carlos, para matarle por este motivo; y estando Arnaldo una noche en el jardin de Laura, á quien amaba, á pesar de Fabio, hermano de ésta, fue preso por Don Cesar, creyendo, arrestaba á Carlos.

Juntos por raros accidentes Arnaldo y Carlos en la torre, riñen, y los sepa-

ra Don Cesar; y por ultimo, despues de un texido de lances repetidos, que ocasionan los distintos empeños de unos y otros, ya en favor ya en contra de Carlos, Arnaldo se casa con Laura, y Carlos con Flora, con que terminan las diferencias, siendo el medio, para poder perdonar á éste.



PERSONAS.

FLORA.

LAURA.

DON CARLOS.

ARNALDO.

FABIO.

DON CÈSAR, *Barba.*

SILVIA, *Criada.*

NISE, *Criada.*

DINERO, *Criado.*

CELIO, *Alcayde.*



MEJOR ESTA, QUE ESTABA.

JORNADA PRIMERA.

Salen Flora quitandose el manto y poniendose otra ropa, y Silvia.

FLORA.

Dame presto otro vestido;
quitame este trage presto.

SILVIA.

¡Qué trahes, señora! ¡Qué es esto!

¡Qué tienes! ¡Qué ha sucedido!

FLORA.

Pierdo, en pensarlo, el sentido.
¡Ved, en decirlo, qué haré!

SILVIA.

La ropa está aqui.

FLORA.

Ahun no sé,
si estoy segura.

SILVIA.

Señora,
en tu casa estás.

FLORA.

Ahora,
lo que ha pasado, diré.
Ya sabes las grandes fiestas,
que Alemania agradecida
de su gloria á la fortuna,
como al cielo de sus dichas,
previno al recibimiento
de la gallarda Maria,
feliz Infanta de Hespaña,
y Reyna feliz de Hungria.
Ya sabes, que mas que todas,
esta famosa Provincia
de Viena, se mostró,
como noble y como rica,
á cuyo aplauso la fama,

cõn voces mil repetidas,
convidó al mayor theatro,
que vió el sol, en quanto gira,
circulos de vidrio y nieve,
desde que el alba le riza
la crespa melena de oro,
hasta que la noche fria
se la desmaraña, siendo
Phenix de la edad de un dia,
desde el oriente al ocaso,
lecho y marmol, cuna y pyra.
Esta tarde, que el Danubio
era el círco, donde habia
de ser un torneo de agua
la fiesta, porque de envidia
de la tierra no muriese,
viendo, que ella merecia
siempre en su esphera á su sol,
Madama Laura, mi amiga
y vecina, con quien esos
jardines nuestros confinan,
me envió con un criado,
á decir, que si queria
ir á hallarme disfrazada
en las fiestas prevenidas,
(pues, por ser fiestas de agua,
lugar ni balcon habia
donde verlas) que saliese

á la Hespañola vestida;
y de rebozo las dos
podriamos divertidas
pasar la tarde, gozando
la fiesta desde la orilla.
Yo pues, (que con decir yo
no es necesario, que diga
mas, pues diciendo mujer,
la conseqüencia es precisa,)
sin prevenir los sucesos,
que resultarme podrian,
de que alguien me conociese,
con Laura fui, donde habia
sobre la crespada selva,
sobre la campaña riza,
Abriles fingiendo, una
Primavera fugitiva,
porque de enramados barcos
y de entoldadas barquillas
portatil monte de rosas
arada estaba una isla.
En una hermosa galera,
que desde el tope á la quilla
era asqua de oro, á pesar
de tantos cristales, viva,
en el rio entró la Reyna,
á cuya agradable vista
hicieron salva las ondas,

siendo con dulce harmonia
ruiseñores de metal,
cañones y chirimias.
El mantenedor::: ¿Mas dónde
voy; pues no es bien, que repita
juegos, quien siente pesares,
gustos, quien llora desdichas?
Dexemos á los gozosos
las fiestas; estos las digan;
no hablemos de ajenas glorias,
donde hay las desgracias mias.
Estabamos desde lexos
las dos; pero no fingidas
tanto, que la novedad
no despertase la envidia.
De los que mas nos siguieron,
fue uno Arnaldo, con quien iba
Licio mi primo y mi amante,
con quien mi padre porfia,
que me case á mi disgusto:
imprudente tyrania.
De Arnaldo y Licio en efecto
seguidas y perseguidas,
á mi pesar, no de Laura,
fuimos, porque entretenida
me dió á entender, que gustaba,
sea ó no sea malicia,
de que Arnaldo la siguiese.

¡Suerte injusta! ¡pena esqniva!
Licio, que á su amigo ya
bien entretenido mira,
envidioso ó cortesano,
(todo es una cosa misma)
quiso darme á mí conmigo
zelos, que en la corte, Silvia,
hay muchos hombres, que aman
por solo hacer compañia.
Yo, que ví, que ya conmigo
la plática disponia,
por no responderle, y ser
en el habla conocida,
volví al descuido la espalda,
y viendo, que me seguia,
(¡oh quanto yerra el temor!)
á un forastero, que iba
con un criado:::

Dentro dicen Arnaldo y Celio.

ARNALDO.

Matadle.

CELIO.

Muera.

FLORA.

¿Qué voces, qué grita
es esta?

Sale Don Carlos con la espada desnuda.

D. CARLOS.

Si en la hermosura
hay piedad, y hoy no se implican
piedad y hermosura, puesto
que siempre son enemigas,
vuestro sagrado le valga,
ó señoras, á una vida,
contra quien hoy de los hados
se han conjurado las iras.

ARNALDO.

Entrad. No importa, que sea
esta casa:::

FLORA.

No prosigas;
que á mí me tocaampararte;
cubrete de esta cortina.

Escondese, y salen Arnaldo, Celio, gente, y Dinero con ellos.

D. CARLOS.

Paren las desdichas, cielos,
si saben parar desdichas.

FLORA.

¿Qué es esto, señor Arnaldo?

ARNALDO.

Ahunque la colera mia
debiera, divina Flora,
suspenderse, quando os mira,

perdonadme; que esta vez
rompe el enojo y la ira
el respeto á la hermosura,
la ley á la cortesia.
Fuera de que, como vos
tambien estais ofendida
en esta parte, es forzoso,
que dispenseis con vos misma.
Siguiendo vengo á un traydor,
que dexa (ó suerte enemiga)
á vuestro primo y mi amigo
muerto :::

FLORA.

Ay cielos.

ARNALDO.

de una herida.
Como forastero en fin,
á la carcel se retira;
pues se ha entrado en vuestra casa,
de quien guardarse debia
dos veces, siendo como es,
de la parte y la justicia,
pues sois la prima del muerto,
y del Potestad sois hija,
á cuyo gobierno está
toda aquesta monarchia.
Decid pues, donde se esconde,
porque de una vez consiga

este acero dos venganzas,
una vuestra y otra mia.

D. CARLOS.

A muy buen puerto he llegado.

FLORA.

Fuerza es, ay de mí, que os diga,
pues como decís, yo soy
la parte mas ofendida,
la verdad. Aqueste hombre
entró hasta aqui:::

D. CARLOS.

¡Ah suerte impia!
¿Qué espero?

FLORA.

huyendo:::

D. CARLOS.

Mal haya,
quien de una mujer se fia.

FLORA.

pero apenas escuchó
las voces, que le seguian,
quando por esa ventana,
que da á esos jardines vista,
se arrojó. Seguidle pues;
y con noble bizarria
le dad muerte; que venganzas
tan generosas son hijas
de vuestro valor.

ARNALDO.

Al cielo
juro, si no se retira
á él mismo, de darle muerte.
Tras él iré; no me siga
nadie para esta venganza;
que yo basto.

Vase Arnaldo.

DINERO.

Yo malilla.

CELIO.

¿Quién sois vos?

DINERO.

De esta baraxa
soy, si él basto se apellida,
malilla yo, y voy tras él,
porque si fue la espadilla
el hombre, que busca, y hoy
contra el hombre triunfa, sirva
yo, de sentarle una baza;
que en la polla de este dia,
todos somos matadores.

CELIO.

¡Qué locuras!

DINERO.

Como mias.

CELIO.

Pues soy su amigo, y alcayde

del Fuerte, bien este dia,
por su amistad y su oficio,
es fuerza, que á Arnaldo siga. *vase.*

DINERO.

Criado de Carlos soy,
y asi he de andar á la mira,
á ver, lo que le sucede;
que á esto la lealtad obliga. *vase.*

FLORA.

¿Fueronse?

SILVIA.

Sí; ya se fueron.

FLORA.

Pues cierra esas puertas, Silvia.

Sale Don Carlos.

D. CARLOS.

¡Hay tal valor! ¡Oh bien haya,
quien de una mujer se fia!

FLORA.

Ya habeis visto, caballero,
quan á costa del dolor,
de la sangre y del amor,
daros libertad espero;
pues generosa y constante
en vuestro favor me hallais,
siendo, el que muerto dexais
mi primo, ay Dios, y mi amante:
y siendo vuestra malicia

tan ciega, que os ha obligado,
á que tomeis por sagrado
la casa de la justicia.
Mas, ahunque todo esto aqui
está contra vos, está
de vuestra parte, el que ya
os amparasteis de mí.
Ya lo empecé, y pues en tal
delito soy delinqüente,
pues, quien le hace y le consiente
tienen pena por igual,
librarme á mí solicito,
con libraros, por temer,
que debo yo de tener
gran parte en vuestro delito.

D. CARLOS.

Como responderos, dudo;
que como jamas traté
dichas, hablarlas, no sé;
y asi estoy con ellas mudo;
que, como siempre desdichas
en mi pecho he aposentado,
nunca, señora, he estudiado
el idioma de las dichas.
Y no sé, de que manera
halladas conmigo estén;
que nadie recibe bien
los huespedes, que no espera.

Dicha fuera, no ofenderos,
desdicha fuera, no hallaros,
dicha fuera, no enojaros,
desdicha fuera, no veros:
y asi entre uno y otro extremo
oid la disculpa mia;
quizá la verdad podria
tener las dichas, que temo,
si de la razon movida
templais rigores severos;
que será gran dicha, veros,
y no veros ofendida.
Yo salí al rio esta tarde,
por ver, si acaso podia,
entre placeres del dia,
hacer á un pesar cobarde.
Aqui estaba pues, señora,
una gallarda tapada,
bien como suele embozada
entre nubes el aurora.
Esta, á quien el trage ufano,
de que vestida venia,
encubria y descubria,
sacando una blanca mano,
mariposa de cristal
de las luces de sus ojos,
me llamó. Yo, que entre enojos
dudaba ventura igual

viendo, que la deydad era
de flores blancas y roxas
y oyendo de aves y hojas
la música lisonjera,
creí, que acciones tan graves
no eran, que á mí me llamaba,
sino compas, que llevaba
á las flores y á las aves.
Como forastero en fin
tantas venturas dudé;
bien que villano llegué
atrevido al Serafin.
Apenas pues pronunció:
„aqui me importa, que esteis,
y que, llegar, estorbeis
aquel hombre" quando yo
ví, que uno, que la seguia,
y antes me pareció acaso,
apresuró mas el paso,
á estorbar la suerte mia,
llegó diciendo: „El lugar,
señor, que habeis ocupado,
esa dama me ha negado;
y pues no puedo vengar
el desayre en ella, en vos,
instrumento suyo, sí."
No sé, que le respondí,
y ya empeñados los dos,

saqué la espada impaciente,
ó colérico ó furioso,
quando él valiente y zeloso,
que es, ser dos veces valiente,
sacó la suya. Los cielos
saben, que mi brazo fuerte
hizo poco, en darle muerte,
habiendole dado zelòs.
Llegó la Justicia pues,
y viendo, que á la Justicia,
quien, no temerla, codicia,
ni noble ni cuerdo es,
volví la espalda, y huyendo,
en vuestra casa me entré,
porque la primera fué,
que sale al campo. Aqui entiendo
el gran peligro, en que estoy,
si vos, deydad soberana,
tan divinamente humana,
no me dais la vida hoy;
considerando la accion,
en que apenas fui culpado,
pues no fue caso pensado,
con ventaja ó con traycion.
Una mujer me empeñó,
á quien quise, obedecer;
y asi, pues que sois mujer,
obligacion os corrió;

de amparararme ; de manera,
que por mujer y ofendida
teneis accion á mi vida;
pues, si bien se considera,
bien la muerte mereció,
quien siendo primo y amante
vuestro, altivo y arrogante
por otra dama riñó.
Y asi una vez enojada
estad, y otra agradecida;
pues si sois prima ofendida,
tambien sois dama vengada.

FLORA.

Hoy vuestra disculpa halló
crédito en mí de tal modo,
que me parece, que á todo
estube presente yo.
Y asi, pues una mujer
tanto os empeñó primero,
otra, infeliz caballero,
vuestra defensa ha de ser.
Lo que ella erró, emiende yo,
y quexaos desde aqui,
de la que os empeñó, si:
de la que os ampara, no.
A ese camarin entrad,
y hasta que la noche fria
sea homicida del dia,

escondido en él estad;
que, en habiendo anochecido,
seguro salir podeis.

D. CARLOS.

Dexadme:::

FLORA.

No; no teneis,
que decirme agradecido
nada; que es muy baxo indicio,
pues, quien llega," agradecer,
paga, y yo no he de vender,
sino dar el beneficio.

SILVIA.

Gente he sentido.

FLORA.

Entrad prestó
en esa quadra; no os vea.

D. CARLOS.

Ella mi sagrado sea.

Cierran la puerta, por donde entró Don Carlos, y dice dentro Don Cesar.

D. CESAR.

Todo quede asi dispuesto.

SILVIA.

Echó á la puerta mil llaves.

Sale Don Cesar.

D. CESAR.

¿Flora?

FLORA.

¿Señor?

D. CESAR.

Ya el desvelo
me ha dicho en el desconsuelo,
que nuestras desdichas sabes.

FLORA.

Ya sé, señor, que un traydor
por una facil mujer,
(porque, ¿quien pudiera, ser
dueño de tanto rigor?)
mató á Licio. Aqui se entró:::

D. CESAR.

No tengas pena, que pueda
escaparse; que ya queda
todo esto sitiado, y no
me ha de quedar, vive el cielo,
casa, iglesia, ni vergel,
que no exâmine cruel
mi cuidado y mi desvelo.
Retirate tú de aqui;
que siento ruido.

FLORA.

Ya voy,
á servirte. ¡Muerta estoy!
Defiendame Dios de mí.

Vanse Flora y Silvia, y salen criados que trahen preso á Dinero.

CELIO.

Este es, señor, un criado
del homicida, que ha sido
de nosotros conocido,
y él mismo lo ha confesado.

DINERO.

Asi es la pura verdad.
¿Pero qué delito es,
ser criado suyo; pues
yo diré toda verdad;
que, viendole aquesta tarde,
sacar el acero alli,
otra vereda cojí?

D. CESAR.

¿Por qué?

DINERO.

Porque soy cobarde.

D. CESAR.

Mira, que él Potestad es,
con quien hablas.

DINERO.

Norabuena;
que á mi nada me da pena,
si he de decir verdad, pues
diciendo yo la verdad,
ser, ¿que importa, en conclusion

el Trono ó Dominacion,
quanto mas el Potestad?

D. CESAR.

¿Cómo te llamas?

DINERO.

Dinero,
por vivirme yo conmigo,
pues nadie vivió consigo.

D. CESAR.

¿Quién es aquel caballero
amo tuyo?

DINERO.

El es, señor,
una muy linda persona.

D. CESAR.

¿Llámase?

DINERO.

Carlos Colona,
hijo del Gobernador
de Brandemburg.

D. CESAR.

¡Ay de mí,
que es mi mayor enemigo
hijo del mayor amigo!
¿Pues á qué ha venido aqui?

DINERO.

A solo matar sobrinos
de Potestades.

D. CESAR.

No trato
de burlas.

DINERO.

Soy mentecato:
diré dos mil desatinos.
A ver las fiestas, señor,
que hace Alemania este dia,
á la divina Maria.

D. CESAR.

Preso id.

DINERO.

¡Por qué tal rigor!

D. CESAR.

Porque en la carcel esteis,
hasta que la confesion
se os tome y declaracion.

DINERO.

¿Qué mas claro me quereis?
Ya, ser dinero, no espero;
que en carcel (nadie se asombre)
me gastarán hasta el nombre,
por dexarme sin Dinero.

Llevanle, y vanse.

D. CESAR.

¡Quién vió mayor confusion
jamas, cielos, que la mia!
Bien decia, el que decia,

que hydras las desdichas son;
pues apenas muere una,
quando otra á su sangre nace;
que esta para aquella hace
de su sepulcro la cuna.
Quando como Juez y parte
te busco, fiero homicida
de mi honor y de mi vida,
quisiera, ay de mí, no hallarte;
porque, si osado me atrevo,
á vengarme, mas me aflijo,
porque eres de un hombre hijo,
á quien vida y honor debo.
Y es verdad. Honor y vida
de su padre recibí.
Mas esto no es para aqui;
baste ver, que no se olvida.
Asi que vida y honor
obligados y ofendidos,
hacen guerra á mis sentidos
con piedad y con rigor.
Forzoso, el buscarte, es,
y forzoso, el ampararte,
y asi he de ser, en buscarte
un hombre zeloso; pues
entre contrarios venenos,
no vió descanso jamas.
y aquello, que busca mas,

es, lo que quiere hallar menos. *vase.*

Salen Arnaldo, Laura y Nise.

LAURA.

¿Y en fin, qué ha sucedido?

ARNALDO.

Que tras él me arrojé, pero al ruido
llegó infinita gente,
y entre todos Don Cesar diligente.
Yo que ví, que ya era
mi venganza imposible, ahunque quisiera,
entre todos mostrarme,
pues habian, de prenderme; y no dexarme,
no quise, que pensase, quien estaba
alli, que con Justicia le buscaba
cobarde mi desvelo;
y asi me retiré, rogando al cielo,
que Cesar no le halle,
y me quite la dicha, de matalle,
porque con menos no estaré vengado,
de quien mi amigo me mató á mi lado.

LAURA.

¡Nunca yo te escribiera,
que disfrazada iba á la ribera!
¿Mas, quién jamas previno
las ignoradas sendas del destino?

ARNALDO.

Aquella necia amiga
tuya la causa fue.

LAURA.

No sé, sí diga,
que lo fue mas su estrella,
pues que ya, quien le llora mas, es ella.

ARNALDO.

Lo que, obligarla, pudo,
asi á llamar á un forastero, dudo,
ciega é inadvertida.

LAURA.

El no ser de su primo conocida.

ARNALDO.

¿Luego aquella era Flora?

LAURA.

Descuido del afecto fue.

ARNALDO.

Y yo ahora
entro á nuevo cuidado.
Si, riñendo, á los dos habia dexado,
¿cómo viendole luego
tan turbado y tan ciego,
el riesgo no previno
de su primo, y dió voces?

LAURA.

Desatino
es, en pena tan fiera

querer, que una mujer en sí estubiera.

ARNALDO.

Malicias son de un alterado pecho.
Mas por Dios, que no sé, lo que sospecho.

NISE.

Fabio, tu hermano viene.

LAURA.

Que me vea contigo, no conviene;
que ya está malicioso en esta parte.
Tú aqui con él procura disculparte.

Vanse los dos, y sale Fabio.

FABIO.

¿Señor Arnaldo?

ARNALDO.

¿Señor
Fabio?

FABIO.

¿Aqui pues, qué mandais?

ARNALDO.

Que una gran merced me hagais.

FABIO.

Decid pequeño favor.

ARNALDO.

Ya sabreis de mi dolor
el fin.

FABIO.

El se dexa, ver.

ARNALDO.

Un caballo he menester:::

FABIO.

Los cielos me den paciencia.

ARNALDO.

para cierta diligencia,
que me importa mucho, hacer;
que me ha hallado en vuestra calle
una nueva, y alcanzar
me importa un hombre.

FABIO.

Mandar
podeis, sin que en mí se halle
dificultad. Sufra y calle *ap.*
hasta otro tiempo el deseo
mi venganza. Yo me apeo
ahora de un alazan,
que me espera en el zaguan.
Subid en él; que bien creo,
que es, para alcanzar y huir;
y ved, si quereis, que yo
en otro os siga.

ARNALDO.

Eso no;
porque yo solo he de ir.

FABIO.

En todo os he de servir.

ARNALDO.

Y yo pagaroslo, espero.
Quedad con Dios.

FABIO.

Oid primero,
ahunque tan de prisa estais,
Arnaldo, que de aqui os vais.

ARNALDO.

Decid.

FABIO.

Advertiros quiero,
que mi hermana tiene aquí
su quarto, y el mio es aquel;
y asi, que llameis en él,
quando me busqueis á mí.
Digooslo, Arnaldo, por si
volveis otro dia, á buscallo,
pues por necio lance hallo,
y treta falsa se llama,
á la casa de la dama
ir á ganar el caballo.

ARNALDO.

Yo pregunté aqui por vos,
porque estaba gente aqui.

FABIO.

Claro está, que seria asi.
Id con Dios.

ARNALDO.

Quedad con Dios.

FABIO.

¡Qué mal sabemos los dos
disimular ni fingir!
¡Qué mal hice, en descubrir
mi rezelo ó mi temor,
porque zelos del honor,
ni se han de dar ni pedir!
Pero quién con zelos, cielos,
á quien esto dixo, viera,
por ver, si el mismo pudiera,
ni dar, ni pedir sus zelos;
que tan continuos rezelos,
agravios tan repetidos,
veneno de los sentidos,
que penetra el corazon,
¿para que son, si no son
para dados ni pedidos?

Sale Laura.

LAURA.

¿Con quién hablabas aqui?

FABIO.

Con nadie. ¿Honor, qué previenes?

LAURA.

¡Asi respondes! ¿Qué tienes?

FABIO.

Tengo un pesar:::

LAURA.

Ay de mí,

FABIO.

de lo que hoy ha sucedido;
ahunque no es de aquello, no.

LAURA.

¿Qué fue?

FABIO.

¿No lo sabes?

LAURA.

¡Yo
de quién, si tu no has venido,
que es, de quien puedo saber
yo, lo que en la corte pasa,
pues siempre cerrada en casa,
ni ahun el sol me llega á ver!

FABIO.

Pues, (no sé, como lo diga)
sabrás, que mató arrogante
un hombre á Licio, el amante
de Flora, tu grande amiga;
sobre hablar enamorado
una tapada este dia.

LAURA.

Si no fuera tyrania,
te dixera, que me he holgado;
porque, si á Flora adoraba,
con quien se habia de casar,

¿qué tenia pues, que hablar,
con la que tapada estaba?
Aquesto es, lo que nos pasa
á las mujeres; pues, quando
ella se estaria llorando,
sola y cerrada en su casa,
andaba él de esa manera
tras mujercillas tapadas,
siempre á riesgo las espadas.
¡Ay hombres, quién os creyera!

FABIO.

Si zelos á Flora dió,
bien ha pagado sus zelos,
y pues tu sin desconsuelos
hablas, mejor podré yo,
á quien tu amor asegura
de una desgracia una dicha,
porque á veces la desdicha
es madre de la ventura;
que por eso dixo un sabio:
¡quién desea bienes: quien,
sabiendo, que el propio bien,
nace del ajeno agravio!
Hoy pues:::

LAURA.

No me diga mas.
De ajena ventura alcanza
nueva vida tu esperanza.

FABIO.

Al fin del discurso estás;
pues si Cesar empeñado
estaba con su sobrino,
antes, fuera desatino,
el haberme declarado,
y ya no.

LAURA.

Y harás muy mal,
en no arder en tanta llama;
que su vida ama, el que ama
una mujer principal;
que á fe, que no sucediera,
lo que todo el lugar llora,
jamas á Licio por Flora.

FABIO.

Claro está, que no pudiera.
Dame un recado; que quiero,
de tu parte visitar
hoy á Flora.

LAURA.

Su pesar
es de tus dichas tercero.
Sea el pesame el recado.

FABIO.

Que es bastante ocasion, creo.
A Dios.

LAURA.

Oh quánto deseo
verte muy enamorado.

FABIO.

¿Pues tan mal me quieres?

LAURA.

Quien
tu paz busca, no hace mal;
que esto no es quererte mal,
sino quererme á mí bien. *vanse.*

Salen Flora y Silvia.

SILVIA.

Ya me parece que es hora,
señora, si te parece,
antes que se enciendan luces,
de que se vaya este huesped.

FLORA.

Es verdad: abre esa puerta.

Sale Don Carlos.

D. CARLOS.

Decid el sepulcro breve
de un vivo cadaver; pues
entre la vida y la muerte
muere, pensando, que vive,
vive, pensando, que muere.

FLORA.

Ya que el ave de la noche
sus alas nocturnas tiende,

haciendo sombra á los dias
en los campos de occidente,
podeis iros, caballero.
La obscuridad os haliente;
que ahun apenas una estrella
á tantas nubes se atreve,
quando en la hoguera del dia,
pavesas del sol le encienden.
Id con Dios.

D. CARLOS.

El cielo os guarde,
deidad hermosa, a quien debe
la vida un hombre infelice,
lastimado dignamente,
de que no sea un dichoso,
pues por esto no os la ofrece;
que vida de un desdichado
de nada serviros puede.

SILVIA.

Venid tras mí.

D. CARLOS.

Ciego os sigo.

Al entrarse, habla dentro Don Cesar, y turbanse.

D. CESAR.

¡A estas horas no se encienden
luces en toda una casa!

FLORA.

Ay de mí, mi padre es este.

SILVIA.

Mi señor vuelve, señora.

D. CARLOS.

¿Qué haré?

FLORA.

A retirarte, vuelve.
Cierra tu, y quita la llave.

D. CARLOS.

¡Hay piedades mas crueles!

Entra e Don Carlos, cierra la puerta Silvia, y sale Don Cesar y un criado con luces

FLORA.

Ya están las luces aqui.

D. CESAR.

¡Aqui estabas, Flora!

FLORA.

A verte
salí, como oí tu voz;
que cuidadosa me tienes,
de verte tan cuidadoso.

D. CESAR.

Estoy de oficio dos veces,
y asi dos veces me importa,
que hoy á este homicida encuentre;
para ofenderle, la una,

la otra, para defenderle;
y ahunque le dexo sitiado,
donde quiera que estubiere,
pues están aquestas calles
todas tomadas de gente,
he de escribir á los puertos,
que á ninguno pasar dexen.
¿Silvia?

SILVIA.

¿Señor?

D. CESAR.

Traheme luces,
escribania y papeles
á este aposento:::

FLORA.

¡Qué escucho!

D. CESAR.

que aqui escribir, me conviene.

FLORA.

¿Por qué aqui, señor?

D. CESAR.

Porque,
los que á visitarme vienen,
mientras estoy escribiendo,
en estotro quarto esperen.
¿Qué es de la llave de aqui?

FLORA.

Esta criada la tiene.

SILVIA.

Yo no la tengo.

D. CESAR.

¿Pues dónde
está?

SILVIA.

Sobre ese bufete
la puse.

D. CESAR.

Pues no está en él.

FLORA *Hace señas, que no se la dé.*

Notables descuidos tienes.
No se la des. Todo quanto
tomas en la mano, pierdes.
No te enojes, Silvia mia, *ap.*
que te riña.

D. CESAR.

¿No parece?

SILVIA.

No, señor.

D. CESAR.

La llave maestra
ha de estar::: (Dios me lo acuerde)
en mi escritorio. Yo voy
por ella.

Toma una luz y vase.

FLORA.

¡Hay lance mas fuerte!

SILVIA.

¿Qué hemos de hacer?

FLORA.

Si es preciso,
que vuelva, y que aqui le encuentre,
con la diligencia hagamos,
lo preciso contingente.

SILVIA.

Dices bien: dexemos algo
á la fortuna.

Abre, y al salir D. Carlos por la puerta, sale por otra Fabio, y vuelven á cerrarle.

FLORA.

Bien puede
salir; que yo estoy mirando
si mi padre::: Mas detente;
que se ha entrado un hombre aqui.
Valedme, cielos, valedme;
que un inconveniente es
sombra de otro inconveniente.

Sale Fabio.

FABIO.

Permitid, que venga á daros
un pesame en mal tal fuerte,
quien quisiera venir antes,
á daros mil parabienes.
Laura, mi hermana, os le envia
conmigo, por parecerle,

que le dará como suyo,
quien como vuestro le siente.

FLORA.

Guardeos Dios. ¡Qué es esto, cielos!
Si sale delante de este *ap.*
hombre; aventuro mi honor;
y si no sale, no tiene
remedio el verle mi padre.
Pero el ingenio remedie
las desdichas, si desdichas
con el ingenio se vencen.
Señor Don Fabio, (estoy muerta,)
discreto soys y prudente;
bien sabeis de las desgracias,
que qualquiera, que sucede,
hace el aposento á otra;
que á la imitacion del Phenix
siempre de cenizas suyas
está el sepulcro caliente.
Un hombre, (mortal estoy)
un hombre, buscando viene
á mi padre con un pliego,
que, segun dice, contiene,
que un hermano suyo, ay triste,
en estas lides, valiente
murió en servicio del Cesar.
Ved por Dios, si es pesar este
para contrapeso de otro.

Quisiera, oh penas crueles,
que no hallára aqui á mi padre,
que dice, que luego vuelve;
y asi me importa, señor,
que por un instanté breve,
mientras yo tomo las cartas,
le saqueis de casa. Hacedme
esta merced, y ella sea
la respuesta, porque él viene.

Sale Don Cesar.

D. CESAR.

¡Que en la ultima gaveta
hubo de estar!

FABIO.

Sí haré. Deme
ingenio amor. Ahunque vengó
como tan vuestro, á ofrecerme
á vuestro servicio, hay otra
causa hoy, que á hacerlo, me mueve.
Yo sé, señor, dónde está
cerrado el tyrano aleve,
que buscais.

FLORA.

¡Qué es lo qué escucho!

D. CESAR.

¿Donde, Fabio?

EABIO.

En un retrete

cerca de aqui.

FLORA.

Muerta estoy.

SILVIA.

El le vió.

FLORA.

¡Desdicha fuerte!

D. CESAR.

Qué decís, Fabio!

FABIO.

Que, ahunque esta
no es accion de un noble, puede
tanto un afecto, que hoy
permite, que le atropelle.
Venid conmigo.

SILVIA.

Eso si.

FLORA.

De un hilo estube pendiente.

D. CESAR.

Ya me espantaba, que tanto
tiempo ocultar se pudiese.
Vamos, y porque el rumor
no le avise, y no le ausente,
vamos pocos: los demás
en esta puerta se queden. *vase.*

FABIO.

Llevarele á la primera

casa, que me pareciere;
que quando no le halle en ella,
no es muy grande inconveniente;
pues, con decir, que se fue,
todas las dudas se absuelven. *vase.*

FLORA.

Esto está mejor, que estaba.
Sal tú: avisa, quando puede
salir.

SILVIA.

Abre tu entretanto. *vase.*

FLORA.

Hombre, que no sé, quien eres,
y á fuerza de mis desdichas,
y á pesar de mis desdenes,
tantas finezas me cuestas,
tantos cuidados me debes,
¿qué dexas, que haga por tí
el dia (oh tyrana suerte)
que me obligues, si esto hago
por tí el dia, que me ofendes?
Si, quando me agravias mas,
mas de tu parte me tienes,
¿qué merece una lisonja,
si esto un agravio merece?
Vete; dexame por Dios
entre mis penas crueles;
que basta, que tu las causes,

sin que tambien las aumentes.
Mientras mi padre te busca
en otra parte, bien puedes
ponerte en salvo.

D. CARLOS.

Ahi verás,
quanto es mi estrella inclemente,
pues, para que aqui me libre,
van á otra parte á prenderme,
dexandome á mí por mí;
que mis desdichas no tienen
otras, que espaldas les hagan,
sino ellas mismas, de suerte,
que es fuerza, que á mí me busquen,
ahun para que á mí me dexen.

FLORA.

Pues librate á tí contigo,
y vete presto.

SILVIA *saliendo.*

Detente:
no salgas.

FLORA.

¿Qué hay, Silvia?

SILVIA.

Hay,
que hay fuera infinita gente,
que está esperando á tu padre.

FLORA.

¿No podrá salir, sin verle?

SILVIA.

No, ni estar aqui tampoco;
que será posible, que entre.

FLORA.

Ello está de Dios, que este hombre
en mi aposento se quede,
y ahun en él no está seguro,
si, á escribir, mi padre vuelve.

D. CARLOS.

Si irme, esconderme ó estarme,
todo es un inconveniente,
mejor es, que la fortuna
por el mas delgado quiebre.
Yo saldré.

FLORA.

Ni eso tampoco;
que no me está bien, que llegue,
á saberse, que aqui estabas.

SILVIA.

Yo daré un medio, de suerte,
que yendo, estando y quedando,
ni esté, ni vaya ni quede.
Vente conmigo.

FLORA.

¿Qué intentas?

SILVIA.

Por la puerta, que con este
quarto dice á aquella torre,

que de caballeros suele
ser prision, pasarle á ella,
y en ella oculto tenerle,
pues no se habita, esta noche.

FLORA.

¿No ves, que otra puerta tiene
para el quarto del Alcayde,
y él llave de ella?

SILVIA.

¿Qué quieres,
que por fuerza sea esta noche,
la que entre allá?

FLORA.

Quien no tiene
bien que escojer, será fuerza,
que con el mal se contente.

SILVIA.

Sigueme.

D. CARLOS.

Ya, el ser cobarde
en esta parte, me debes.

FLORA.

Y tú á mí, el ser atrevida.

D. CARLOS.

Mas hago yo; que mas veces
se vió valiente un cobarde,
que no cobarde un valiente.

FLORA.

Que presto te desobligas
de mi piedad.

D. CARLOS.

No la tienes;
porque no es piedad, curar
un mal con otro mas fuerte;
y esta piedad rigorosa
es, la que á mí me sucede;
pues, por librarme la vida,
el alma, Flora, me prendes.

FLORA.

Esta es piedad del valor;
no del afecto la pienses,
porque; en saliendo de aqui,
donde el riesgo, que tubieres,
no corra por cuenta mia,
la primera, que ha de hacerte
matar, seré yo.

D. CARLOS.

Esa si
será piedad.

FLORA.

¿De qué suerte?

D. CARLOS.

Porque mandarás, matarme,
por hacer feliz mi muerte.



JORNADA SEGUNDA.



Sale Silvia sola.

SILVIA.

Notables cosas mi ama
discurre, imagina y piensa
hoy, por no dar por vencida
su vanidad y soberbia.
¿Pero quién me mete á mí
en si acierta, ó si no acierta,
pues que no me toca mas,
que oirla y obedecerla?
Esta es la puerta, que guarda,
hasta que la noche venga,
á Don Carlos. Vaya pues
de invencion y de novela.
Yo soy: bien puedes abrir. *en voz alta.*

Abre Don Carlos la puerta y sale.

D. CARLOS.

Silvia, bien venida seas.

SILVIA.

¿Cómo va de soledad?

D. CARLOS.

No es posible, que la tenga
un triste, pues no está solo,
quien está con su tristeza.

SILVIA.

Si yo dixese, que hay
señor, quien hacerte, quiera
en aquesta soledad
compañia, ¿qué dixeras?

D. CARLOS.

¡Quién:::!

SILVIA.

Escuchame. Una dama
tapada llegó á la puerta
ahora ,y preguntó por mí.
Salí yo, á saber, quien era,
y no lo supe, porque
estubo siempre cubierta.
Dixome, que ella sabia,
Don Carlos, por cosa cierta,
como estabas encerrado
aqui, porque siempre atenta
estubo, á que no saliste
por ventana ni por puerta.
Añadió á esto, decir,
con mil suspiros y muestras

de dolor, que le importaba:::

D. CARLOS.

Notables cosas me cuentas.

SILVIA.

la vida y el alma, verte.
Yo con maña y con cautela,
fingiendo, que me llamaba
mi ama, dexé la respuesta
pendiente, y vengo, á saber
qual quieres, señor, que sea.
Mira, qual te está mejor,
decirlo ó negarlo.

D. CARLOS.

Dexa,
que me admire, de pensar
una confusion tan nueva.
Yo no sé, quien pueda ser;
que no conozco en Viena
mujer ninguna, á quien yo
este cuidado merezca.
Y puesto, que no es posible
de ningun modo, que pueda,
atormentar el suceso,
mas que la duda atormenta,
dile, que es verdad, que aqui
estoy, y que, á verme, venga.

SILVIA.

¡No hay mas, de que venga, á verte!

¡No miras, no consideras,
que, si mi señora sabe,
que alguna persona entra
aqui, quánto mas mujer:::!

D. CARLOS.

¿Luego lo ha de ver por fuerza?
Y ya que en baxando obscura
la noche, me he de ir, no quieras,
que lleve esta duda mas.

SILVIA.

De tal modo me lo ruegas:::
Ahora bien: aventurarme,
quiero por tí. Aqui me espera. *vase.*

D. CARLOS.

¡Mujer á buscarme á mí!
Valgate Dios por Viena,
¡y quáles son tus mujeres!
Apenas me he visto, apenas
en tu insigne corte, quando
una me llama y me arriesga;
otra me ampara y me libra;
otra me busca y me halienta;
y todas tres me ocasionan,
á que mil delirios tenga.

Salen Silvia y Flora tapada con manto.

SILVIA.

Este, señora, es el quarto.

No ha sido dicha pequeña,
llegar aqui, sin que Flora,
ni lo imagine, ni sienta;
que por Dios, que me matara.
Yo voy, á estarme á la puerta.
A Dios.

D. CARLOS.

Embozado sol,
que en la obscura noche negra
de ese manto: desmentis
de tantos rayos la fuerza,
si, á iluminar este espacio,
flechado desde otra esfera
venis, porque tanta noche
peregrina aurora tenga:
no me regateis la luz;
ved, que es hora, que amanezca;
y no es bien, que á tantos rayos
tan sutiles sombras venzan.

FLORA.

Caballero forastero,
la primer cosa, que os ruega
mi voz, pues, siendo mujer,
es forzoso, obedecerla,
y mas, sabiendo, que sois
tan cortesano con ellas,
es, que no habeis de pedirme,
que me descubra. Con esta

condicion os diré ahora,
lo que, á buscaros, me fuerza.

D. CARLOS.

Es tan grave condicion,
que no me atrevo, á ofrecerla,
por no atreverme, á cumplirla.
Porque, ¿quién tendrá paciencia,
para no saber, quien sois?

FLORA.

Quien, lo que le importa, advierta.
Pues si vos me veis á mí,
no me queda á mi licencia,
para hablaros. Luego á vos
os importa.

D. CARLOS.

¿De manera,
que de veros, se me sigue,
no oiros? ¿Y por la mesma
razon de oiros, no veros?
Enigma sois; pero venza
un sentido otro sentido,
pues hoy el amor ordena,
que vea, porque no escuche,
ó escuche, porque no vea.

FLORA.

Yo soy aquella tapada,
que fue la ocasion primera
de vuestro disgusto; bien

os lo habran dicho las señas.
No pensé, quando os llamé,
que de tanto empeño fuera
ocasion; pero en nosotras
siempre esta disculpa es necia.
Asi como las espadas
sacasteis, turbada y ciega
me ausenté; mas de un criado,
que os siguió, la diligencia
supo, que nunca salisteis
de aqui. Con esta sospecha,
á buscaros, he venido,
fiada, en que de qualquiera
secreto habia de ser
el oro la llave maestra;
y asi, falseando las guardas,
rompí á esta torre las puertas.
A ella vengo, á disculparme
con vos de mi inadvertencia,
y á daros, señor las gracias
de la resolucion vuestra.
Ya sé, que sois forastero,
y que, volveros, es fuerza,
brevemente; y por si acaso
hoy la Justicia no os dexa,
con que podais, esta joya
vuestra mejor posta sea,
que las espuelas del oro

son las mejores espuelas.
No quiero, no, que volvais,
publicando á vuestra tierra,
que son desagradecidas
las mujeres de Viena.
Pues por lo menos direis,
quando mas os quexeis de ellas,
que si una os empeñó, supo
desempeñaros la mesma;
y hubo de mas á mas otra,
que os ampare y os defienda,
de modo, que traxo un daño
doblada la recompensa.
Con esto, á Dios.

D. CARLOS.

Quando ví,
que recatada y cubierta
me hablabades, esperé,
oir agravios y quexas:
no mercedes y favores;
y aqui deciros, pudiera,
lo que á mí me dixo Flora,
ahunque al reves; pues si ella
dixo: ,,Si, quando me ofendes,
tantos cuidados me cuestas,
¿qué dexas, que haga por tí,
quando me obligas?" la opuesta
razon milita, pues yo

te digo á tí, ¿qué que dexas,
si te encubres, quando obligas,
que hacer, para quando ofendas?
En efecto, hermosa dama,
(que en fe creo tu belleza,
pues ya es hermosa, quien es
agradecida y discreta)
no he menester desengaños
del valor, ni la nobleza,
ni esa joya, que estimara,
mas que por rica, por vuestra.
Solo, lo que he menester,
es, conoceros; si esta
merced de vuestro recato
no trahe, señora, licencia,
tambien, tambien la perdono,
y ahun la atribuyo á clemencia;
pues, si apenas hoy la noche
desplegado habrá la negra
sombra, quando yo de aqui
salga, es piedad, que en mi ausencia
tenga menos, que sentir,
quien menos, que perder, tenga.

FLORA.

¿Esta noche habeis de iros?

D. CARLOS.

Sí.

FLORA.

¿Por qué con tanta priesa?

D. CARLOS.

Porque para este hospedage
es una vida pequeña
satisfaccion, y he de irme,
á no hacer mayor la deuda.

FLORA.

¿No os ampara Flora?

D. CARLOS.

Flora
es de mi vida defensa.

FLORA.

¿Pues que temeis?

D. CARLOS.

Que, por darme
vida á mí, su opinion pierda;
é importa menos mi vida.

SILVIA *dentro.*

Ya he dicho, que se detenga.

DINERO *dentro.*

Ya he dicho yo, que me escuche,
y tampoco lo hace ella.

FLORA.

Voces oygo, caballero.
Ahí aquesa joya os queda.
A Dios, á Dios: no entre alguno,

que en aquesta parte os vea;
que á mí, no importára tanto.

D. CARLOS.

Id con Dios, enigma bella
de mis sentidos. Amor,
¡qué confusiones son estas!

Vase Don Carlos, y cierra una puerta, y sale Silvia

FLORA.

¿Qué era eso, Silvia?

SILVIA.

Un criado
de Carlos, que ahora sueltan
de la carcel, segun dice,
quiere, señora, por fuerza,
entrar hasta aqui, y lo cumple.

FLORA.

Pues no quiero, que me vea,
porque, quando allá los dos
se den de estas cosas cuenta,
no pueda decir, que á mí
me vió en mi casa encubierta.

Sale Dinero.

DINERO.

Señoras, las mis señoras,
estadme por Dios atentas;
que, oir á un hombre, es una cosa,
que se hace con una bestia.

Quien hubiere visto á un amo
de cara avultada y fresca,
que nunca pagó racion,
que son sus mejores señas,
perdido de ahier acá,
á restituirle, venga,
le darán su buen hallazgo,
ó, á quien le encubre y le tenga,
se le pedirán por hurto.

FLORA.

¿Quién vió locuras mas necias?

SILVIA.

¿Qué quereis?

DINERO.

Yo soy criado
de un hombre, que puso apenas
los pies en Viena, quando
las manos puso en Viena
en un caballero. Al caso;
que esta es relacion superflua.
Dicen, que cierta ventana
aqui le sirvió de puerta;
y quisiera, si es posible,
ver la ventana ó tronera,
por donde salió este truco,
y arrojandome por ella,
dexarme rodar, á ver,
si doy con él; experiencia,

que se hace con las bolas,
quando se pierde una de ellas.

FLORA.

Despide, Silvia, á ese loco;
que descubrirme, quisiera
y no me atrevo.

SILVIA.

Ya he dicho,
gentilhombre, que se vuelva;
que de ese hombre no sabemos.
No haga, que de otra manera
se lo haga decir á palos.

DINERO.

Pesarame, de oir su lengua,
y asi me voy. *ruido.*

SILVIA.

Gente viene.

DINERO.

Y vive Dios, que es Don Cesar.
¿Qué le he de decir?

FLORA.

¡Mi padre!
Qué haré, porque no me vea
con manto!

SILVIA.

Hacer, lo que hizo
una dama en la comedia.

FLORA.

¿Qué fue?

SILVIA.

Echarsele en la manga.

FLORA.

No puedo, porque ya llega.

SILVIA.

Temblando de miedo estoy.

FLORA.

Yo estoy turbada.

FLORA.

Yo muerta.

Sale Don Cesar.

D. CESAR.

Flora, ¿qué es esto? ¿A estas horas,
dónde vas?

FLORA.

Yo no voy fuera.

D. CESAR.

¿Pues de dónde vienes?

FLORA.

Yo
de ninguna parte.

DINERO.

Ella
es Flora, tapada en casa.
¿Pues que tramoyas son estas?
Si ello va, á decir verdad,

toda es gente honrada y buena,
mas mi amo no parece.
Quiera Dios, para bien sea.

D. CESAR.

¿Pues qué haces aqui con manto,
si ni vas, ni vienes fuera?

FLORA.

Traxomele ahora acabado
ese sastre, y porque viera
Silvia, si estaba bien hecho,
me le probé.

SILVIA.

Es cosa cierta.
Para en casa se le puso;
que ni va, ni viene fuera.

DINERO.

Disculpa es comun de tres; *ap.*
quiero, aprovecharme de ella.
Y como, que esta excelente.
Miren, que capilla esta,
y que ruedo. Vive Dios,
que viene por excelencia.

FLORA.

Bueno está. Doblale Silvia,
y guardale, hasta que sea
tiempo, de quitarme el luto.

DINERO.

Muchos rompa tu belleza.

D. CESAR.

Venid acá. ¿Vos no sois
aquel criado, que era
de Don Carlos de Colona?

DINERO.

Concedo la conseqüencia.

FLORA.

No previne, que mi padre
á este hombre conociera.

DINERO.

Pero antes, que le sirviese,
fui oficial de la tixera
de sastre; mas de pecado
(todo es una cosa mesma)
me sacó, porque me vió,
convertir una Quaresma.
Viendo yo, que me soltaste,
niño y solo en patria ajena,
con el maestro entré, de quien
yo fui aprendiz en mi tierra.
Mandome traher ese manto,
porque allá no se estubiera,
puesto que estaba acabado,
lleno de polvo en la percha.
Esta es la verdad en Dios;
mas no en Dios, y mi conciencia;
porque no la tiene un sastre;
y para que tu lo veas,

si la tiene, ó no la tiene,
él vendrá, á ajustar las cuentas. *vase.*

D. CESAR.

¡Notable humor! Vos haced,
que en mi quarto luz enciendan,
y sea presto, porque tengo,
de volver, á salir fuera.

FLORA.

¡A estas horas!

D. CESAR.

Sí; á estas horas.

FLORA.

¡No ves, que ya el sol se acuesta!

D. CESAR.

¿Qué importa eso, si es preciso,
hacer una diligencia? *vase.*

FLORA.

Ya halentar el alma puede.

SILVIA.

Señora, pues que tambien
el mal se convierte en bien,
cosa que nunca sucede,
dexadme aqui discurrir
en estas cosas, por Dios,
y digamonos las dos,
lo que otros han de decir.
¿Qué quieres ser difrazada
dentro de tu casa, y ser

aventurera mujer,
hablando á este hombre tapada?

FLORA.

Pareceme, que estará
toda su ropa perdida,
y querer agradecida,
socorrerle.

SILVIA.

Bien está;
pero para remediar
sus daños, ¿para qué ha sido
disfraz de manto y vestido;
pues bien le pudieras, dar
la joya, y fuera mas justo,
si con esto te mostrabas
liberal, á él le pagabas,
y á mí me ahorrabas el susto?

FLORA.

¿Y qué dixera de mí
despues, si ahora me viera
tan liberal? ¿Que dixera,
sino que yo agradecí,
dar á mi primo la muerte,
pues asesino mi amor
le pagaba su rigor?
Luego fue bien, de esta suerte
ser generosa, sin ser
conocida, pues asi

conmigo y con él cumplí.

SILVIA.

Y en fin, ¿qué habemos de hacer
de este hombre?

FLORA.

No es justo, no;
que duda en aqueso haya,
abrir, Silvia, y que se vaya,
ahunque quede muerta yo.
¿Volvió á salir tu señor?

SILVIA.

Sí.

FLORA.

Pues sé tú misma juez,
que vence honor una vez
en las batallas de amor.
No pues la vanidad mia
crea faciles engaños;
que, si amor de muchos años
sabe, olbidar en un dia,
amor de un dia mejor
en muchos años sabrá,
olbidarse; claro está.

SILVIA.

Yo llamo pues.

FLORA.

¡Ay amor!
No aqui me despeñes, no

postres mi respeto aqui;
que, si tapada otra fui,
ya descubierta soy yo.

Sale Don Carlos.

Señor Don Carlos, ya es hora,
que de aquesta casa os vais;
y si es, que obligado estais
de mis servicios:::

D. CARLOS.

Señora,
de vuestras piedades soy
un esclavo, y lo he de ser.

FLORA.

una cosa habeis de hacer
por mí;

D. CARLOS.

Esa palabra os doy.

FLORA.

que nunca á nadie digais,
que en mi casa habeis estado
escondido y retirado.

D. CARLOS.

Poco en eso me mandais;
que es piedad tan singular,
como en vos llego, á advertir,
imposible de decir,
é imposible de callar.
Luego, en lo que me mandais,

no os sirvo, pues no pudiera
decirlo yo, ahunque quisiera
del modo, que vos obrais:
luego por mi cuenta hallo,
que tiene vuestra piedad
la misma dificultad,
en decillo, que en callallo;
y asi resuelto, en hablar
y callar, sabré, sentir,
por ser bien tan singular,
imposible de decir
é imposible de callar.
Y en fé de este sacrificio,
que tan á mi costa ofrezco,
si de piedad os merezco
otro género de indicio,
os suplico perdoneis
este atrevimiento necio,
y á esta humilde joya precio
inmortal, señora deis,
con hacerla vuestra. Enojos
no alteren vuestros sentidos;
que es bien, rindan los oidos
sus trofeos á sus ojos.
No teneis, que discurrir;
que hoy es, recibir y dar,
imposible de callar,
é imposible de decir.

FLORA.

Señor Don Carlos, yo estimo
la joya, que me ofreceis;
mas no quiero, que penseis
(mal mis afectos reprimo),
que con ella (ciega lucho
conmigo), ya en la posada
no quedais á deber nada;
que quedais, á deber mucho:
pues, si bien considerais
estos extremos, que haceis,
sin saber como, ofendeis
con lo mismo, que obligais;
pues á mi me ofende, quien
presume, pagarme asi,
y me ofende á mí por mí.
Esto es enigma tambien.
Idos con Dios, que es muy tarde,
y no me pagueis con nada.

D. CARLOS.

Pues dadsela á una criada;
y á Dios, señora, que os guarde.
¿Pero quien se podrá ir
con tal duda? Sepa pues,
algo de ese enigma.

FLORA.

Es
imposible, de decir.

D. CARLOS.

¿Pues para qué fue, empezar,
dexando de esa manera,
sin luz ni sentido?

FLORA.

Era
imposible, de callar.

SILVIA.

Si tan adelante pasa
la plática, quando está
para irse, ¿quánto va,
que vuelve, á quedarse en casa?
Vamos.

D. CARLOS.

¿Que sirve mirar::: ?

SILVIA.

Vete tú.

FLORA.

¿Qué sirve oir ::: ?

D. CARLOS.

si es mi mal:::

FLORA.

Si es mi pesar:::

D. CARLOS.

imposible de decir.

FLORA.

imposible de callar.

Vanse, y salen Arnaldo y Nise.

NISE.

En esta oculta parte
del jardin escondido has de quedarte,
entre tanto que Fabio
se recoje.

ARNALDO.

Ni el pie, Nise, ni el labio
darán de mí señales.
Viva estatua seré de los cristales.

NISE.

En estando acostado,
baxará Laura aqui. *vase.*

ARNALDO.

De mi cuidado
el suyo es digno empleo.
¡Quán á costa el amor vende un deseo!
¡Oh noche, sombra fuerte
del temor, del asombro y de la muerte!
¡Oh noche obscura, manto
del horror, del asombro y del espanto!
si emperatriz del sueño,
de cypres coronada y de beleño
tienes la adusta frente
en el lóbrego imperio de occidente,
triumfe tu hueste umbria
del mas hermoso exército del dia,

que, si en su sombra obscura,
pues sin luz dexa hallarse la hermosura,
la de Laura merezco,
verás, que á tu deidad pálida ofrezco
por victorioso exemplo,
de evano, bronce y jaspe negro templo,
atezada columna
del cóncavo edificio de la luna,
y en tus altares tu deidad ingrata
en una estatua de azabache y plata,
cuyas tímidas plantas,
estrellas den, en vez de flores, quantas
esa inconstante esfera
le debe á tu nocturna primavera;
y no serán errores,
que, si estrellas del dia son las flores,
y tú las atropellas,
flores son de la noche las estrellas.

Salen Laura y Nise.

LAURA.

Quedate tú á la puerta
de Fabio. Avisarasme, si despierta.

NISE.

Alli te está esperando.

LAURA.

¿Es Arnaldo?

ARNALDO.

No sé ; que estoy dudando,
viendome tan dichoso,
si soy otro, y dudoso
tengo en tan dulce abismo
el favor y los zelos de mí mismo.

LAURA.

Pues cree el favor, y duda los recelos;
que nadie, mas que tú, debe á los zelos.

ARNALDO.

No se, de que manera.

LAURA.

Si mi hermano de tí no los tubiera,
y necio su cuidado
no se hubiera conmigo declarado,
á esto no me obligara,
pues, con verte de dia, consolaba
la pena, Arnaldo, mia.
Luego, quitando este lugar al dia,
se le han dado á la noche los recelos:
luego terceros tuyos son sus zelos.

ARNALDO.

Al que de algun veneno
el pecho, Laura hermosa, tiene lleno,
otro veneno cura;
asi yo, á quien la muerte le procura
una pena, que al llanto me condena,
el antidoto hago de otra pena,

pues veneno á veneno se prefieren,
y vivo yo, de lo que tantos mueren.

LAURA.

Poco mi amor te debe,
pues el dolor que tus acciones mueve,
desde el dia funesto
de la muerte de Licio::: ¡Mas qué es esto!

Dentro ruido.

ARNALDO.

Un hombre se ha arrojado
al jardin.

LAURA.

¿Quién será?

ARNALDO.

Poco ha durado
un bien, que dan los zelos.
Presto vienen por él.

D. CARLOS *dentro.*

¡Valedme, cielos! *Sale.*

LAURA.

Sin duda, que es mi hermano.

ARNALDO.

No es; que él no entrará de esta suerte, es llano.

LAURA.

¿Pues quien quieres, que sea?

ARNALDO.

Quien este lance averiguar desea.

Saca la espada.

Yo he de saberlo asi.

LAURA.

De pena muero.

ARNALDO.

¿Quién va? ¿Quién es? ¿Quién viene?

LAURA.

Caballero,
merezcaos tan noble brio
mas ilustre vencimiento.
No contra un hombre postrado
rayos esgrimais de acero,
porque es inutil victoria,
quitarle la vida á un muerto.
Si acaso de aquesta casa
sois el generoso dueño,
mi atrevimiento suplid,
si es la fuerza atrevimiento.
Un hombre soy desdichado,
tanto, que mil veces creo,
que el cuerpo de las desdichas
es la sombra de mi cuerpo.
De una casa en otra he entrado,
hasta este jardin huyendo
de la razon de un marido,
(por deslumbrarle, le miento,) *ap.*
á quien en defensa honrosa
de mi vida herí. Supuesto,
que hidalgas desdichas hallan

lugar en hidalgos pechos,
solo, que me deis, os pido,
solo, que me deis, os ruego
paso á otra casa, hasta tanto,
que tome sagrado puerto
este desnudo baxel,
este derrotado leño,
que va corriendo fortuna
en un mar, que todo es vientos.

ARNALDO.

Hidalgo :::

LAURA.

¡Ay de mí!

ARNALDO.

qualquiera
que seais, á tanto estrecho
os trahe la suerte, que aqui
daros, ni negaros puedo
el paso, porque á los dos
nos está mal el concierto:
á vos, porque, si os le doy
á esa otra casa, os empeño
mas, que son del Potestad
los jardines, que con estos
confinan, y será daros
prision y no retraimiento;
á mí, porque no soy parte,
para ocultaros. No tengo,

que declarar la ocasion.
Esto basta, y asi luego
podeis volver á salir,
por donde entrasteis, supuesto
que ni pasar ni quedaros,
os está bien.

D. CARLOS.

Deteneos;
que si es riesgo mio, el pasar,
y el quedarme, daño vuestro,
por excusar vuestro daño,
quiero atropellar mi riesgo.
Dadme paso á esos jardines,
que decís; que quiza en ellos
guardará la confianza,
lo que aqui no guarda el miedo.

ARNALDO.

Ya me dais mas, que pensar;
pues delinqüente, que huyendo
á la Justicia, no teme,
arguye mayor secreto;
y ya, ni iros ni quedaros,
ha de ser, sin conoceros.

D. CARLOS.

¿Qué os importa?

ARNALDO.

Saber solo,
si esto ha sido fingimiento,

para conocerme á mí.

D. CARLOS.

Ciego fuera, y mas que ciego,
quien á tanta luz no viera
hurtos de amor y de zelos.
No querais mas desengaño,
de que á buscaros, no vengo,
sino que, viendo á esa dama
me voy, y con ella os dexo;
pues, ahunque fuera verdad,
mayor victoria no creo,
que quedar con ella ayroso,
si ella me viera ir huyendo.
La causa, de no temer
esa casa, es porque tengo
noticia de ella, y sabré,
de ella escaparme mas presto.

ARNALDO.

Pues nadie fuera cobarde
á los ojos de sus zelos,
no quiero mas desengaño,
mas satisfaccion no quiero.
Llegad; que de este emparrado,
como yo os ayude, es cierto,
que pasareis facilmente.

D. CARLOS.

La vida diré, que os debo.
Huyendo de mi prision,

Flora, á tu prision me vuelvo.

Vanse los dos.

LAURA.

¡Quién vio mas extraño lance!
¡Quién vió mas raro suceso!
La primera noche, que:::

Dan golpes dentro.

D. CESAR *dentro.*

Abrid estas puertas presto.

LAURA.

¡Ay de mí, que ruido es este!

ARNALDO *saliendo.*

Ya pasó; ¿Pero qué estruendo
oygo?

FABIO *dentro.*

Ola, dadme una luz.
¡Ruido en mi casa! ¡Qué es esto!

D. CESAR.

Abrid aqui.

ARNALDO.

¿Qué he de hacer?

LAURA.

Salir tu tambien.

ARNALDO.

No puedo;
que si el otro:::

LAURA.

¡Ay infelice!

ARNALDO:

pudo, fue, porque yo:::

LAURA.

¡Ay cielos!

ARNALDO.

le ayudé á salir, y quien
á mí me ayude, no tengo.

LAURA.

Ya entra luz; procura pues,
retirarte á un aposento.

Sale con una hacha Fabio y criados.

FABIO.

Yo sabré::: ¿Quién va? ¿Quién es?

LAURA.

Yo, señor.

FABIO.

¡Pues tu, (¿qué es esto?)
¡en el jardin á estas horas!

LAURA.

De mi quarto salí huyendo
á las voces.

FABIO.

Esas puertas
abrid todas, y veremos,
quien llama.

Sale Don Cesar y gente.

D. CESAR.

Señor Don Fabio,
que no os altereis, os ruego
de esta novedad; que quien
fue tan prevenido y cuerdo,
á avisarme, que sabia,
si bien no tubo allá efecto,
donde estaba este homicida,
y mostró tanto deseo
de su prision, dará el susto
por bien empleado, á trueco
de que le prendan.

FABIO.

¿Pues dónde
está?

D. CESAR.

Siguiendole vengo;
que á las puertas de mi casa
le reconocí, bien cierto,
que es él, segun dicen todos.
Al fin, mas veloz que el viento
volvió la espalda, y se entró
en una casa. En efecto,
de una en otra llegó á echarse
en estos jardines vuestros.

FABIO.

Pues si él se echó en los jardines,

no hay duda, de que esté en ellos;
que no hay, por donde salir.

D. CESAR.

Mirad pues la casa.

Entranse algunos por diferentes partes.

LAURA.

¡Cielos
qué desdicha es esta mia!
Si hallan á Arnaldo, yo muero;
pues los zelos de mi hermano
serán agravios, no zelos.

Sale Arnaldo embozado con la espada desnuda.

D. CESAR.

Aqui está un hombre embozado.

FABIO.

Descubrios ya.

ARNALDO.

Primero
perderé la vida.

D. CESAR.

Fuera
apartaos. Deteneos,
señor Don Carlos Colona.

ARNALDO.

¡Qué escucho! Viven los cielos,
que aquel era mi enemigo.

D. CESAR.

Ahunque tantas causas tengo,
para vengarme de vos,
por otros justos respetos
os sufro esta demasia,
os paso este atrevimiento.
Daos á prision.

LAURA.

¿Ya qué aguardo?

ARNALDO.

¿Qué he de hacer? Si aqui me entrego
preso, dexo de decir,
que es Carlos el que va huyendo,
y, despues de darle vida,
espaldas le hago yo mesmo:
pues tambien si me descubro,
á Laura infelice pierdo,
pues hará, en viendome Fabio,
evidencia los rezelos;
pues decir, que el otro huyó,
es decir, que ya está dentro;
descubrirme, es villania,
baxeza, estarme encubierto,
y resistirme, imposible.
En una balanza puestos
están mi vida y su honor.
¿Pero qué dudo? ¿Qué temo?
Mas es su honor, que mi vida,

Señor Don Cesar::

LAURA.

Hoy muero.

ARNALDO.

solamente á vos rindiera
esta vida y este acero.
Vuestro preso soy.

D. CESAR.

Volvedle
á la cinta. Lleva, Celio,
á Don Carlos á la torre.

ARNALDO.

Celio, vamos.

CELIO.

¡Pues qué es esto!
¡Vos sois!

ARNALDO.

Calla, Celio, calla;
que importa mucho el secreto.

Vanse Celio, Arnaldo y criados.

D. CESAR.

Fabio, á Dios, Perdonad, Laura,
este alboroto.

LAURA.

No puedo;
que hay mucho, que perdonar.

FABIO.

Yo tengo de iros sirviendo.

D. CESAR.

Eso no. Ya en mi poder
Carlos está. Ya me veo
entre amistad y venganza,
á dos impulsos atento.
Ya la obligacion de Juez
cumplí, y la de amigo espero.
Deme la venganza ira,
deme la amistad consejo,
deme la prudencia aviso,
y deme paciencia el cielo. *vase.*

LAURA.

¡Preso Arnaldo por la muerte,
que mas llora, habiendo él mesmo
dado á su enemigo vida,
y tener yo sufrimiento,
para no haber dado voces!
¡Qué es esto, cielos! ¡Qué es esto!

EABIO.

¡Laura vestida á estas horas,
y en el jardin encubierto
este hombre, este homicida!
¡Haber, en guardarse, puesto,
el rostro, tanto cuidado!
¡Qué es esto, cielos! ¡Qué es esto!

LAURA.

¿Pero, en sabiendo quien es,
darle libertad no es cierto?

FABIO.

¿ Pero qué dudo, si Cesar
aqui le vino siguiendo?

LAURA.

Mas, ay, ¿ qué dirá mi hermano,
si mañana no hay tal preso?

FABIO.

¿ Con saber, quien es mañana,
todas las dudas no absuelvo?

LAURA.

No hay medio, no, á mis desdichas.

FABIO.

¡ A este mal no hay otro medio!
¿Laura?

LAURA.

¿Fabio?

FABIO.

Tarde es ya.
Recojete á tu aposento.

LAURA.

Asi pudiera, ay de mí,
rccojer mis pensamientos.
¡ Qué cobarde es el honor!

FABIO.

¡Qué atrevidos son los zelos!

Vanse, y salen Silvia y Don Carlos por la puerta de la torre á obscuras.

D. CARLOS.

Dicha fue de un desdichado,
que tú á tales horas fueras,
la que á este jardin vinieras,
donde ya desesperado
estaba.

SILVIA.

Yo me he atrevido,
despues de pasado el susto,
de hallarte en él, ahunque injusto
atrevimiento haya sido,
sin dar parte á mi señora,
á traherte al retrahimiento.
Quedate aqui, porque intento,
ir, á decirselo ahora.

D. CARLOS.

Pues dile, que apenas yo
de su casa me ausenté,
quando á su padre encontré,
que á conocerme llegó,
que porque no me prendiera,
varias fortunas corrí,
hasta haber parado aqui,
como en mi centro y esfera.
Dile, que me hallaste en fin

en su jardin, dónde via
por aquella celosia
la deidad de su jazmin.

SILVIA.

Todo aqueso la diré;
y quedate, porque ya,
muy presto mi amo vendrá,
y si me siente, no sé,
que disculpa pueda dar,
de estar vestida á esta hora.

Vase y cierra.

D. CARLOS.

Disculpame tú con Flora,
triunfarás de mi pesar.
¡A quien habrá sucedido
en el mundo semejante
caso! ¿Hay caballero andante,

Comienzan á abrir la puerta, y salen Arnaldo y Celio con luz, muy despacio.

que pueda::? ¡Pero que ruido
escucho hácia estotro lado
de la torre! ¿Si, por dónde
á otra casa corresponde,
han abierto? Ya han entrado
con luz dos hombres. ¿Qué haré?
Sin duda, que me han seguido
hasta aqui, y aqui han venido,

á darme muerte, porque
de vista conozco al uno,
que al lado de Licio estaba
riñendo. ¡Hay pena mas brava!
¡Hay lance mas importuno!
La casa miran. Lo estrecho
de este paso he de tomar.
Vive Dios, que han de llegar
cara á cara, y pecho á pecho,

Salen Celio y Arnaldo.

CELIO.

De la torre y de mi casa,
esta es la pieza mejor.

Tercia la capa, empuñando la espada Don Carlos, y ponese á un lado hácia el paño, y saca Celio una luz, y ponela sobre un bufete.

ARNALDO.

De qualquier suerte en rigor.
Celio, una noche se pasa.

CELIO.

Con causa admirar me puedo
de vuestro suceso.

ARNALDO.

En fin,
estaba yo en el jardin
con Laura :::

CELIO.

Hablemos mas quedo.

D. CARLOS.

Si vinieran, á buscarme,
no tan despacio vinieran.
¿Si no me buscan, que esperan?
¡Oh, si pudiera acercarme,
á oir lo que hablan! Mas no:
mas vale estar retirado;
que si ellos no me han buscado,
¿por qué he de buscarlos yo?

ARNALDO.

en efecto, le di paso,
á quien la muerte le diera,
donde quiera, que le viera,
y quedé yo:::

CELIO.

Habladme paso.

ARNALDO.

de suerte, que mi piedad,
vuelta entonces contra mí,
porque al otro se la dí,
me dexó sin libertad.
En vuestro poder estoy,
por lo que mas lloro, preso.

D. CARLOS.

Bien extraño es el suceso;
pero ya desde aqui doy

las gracias al desengaño,
pues en viendoos, claro está,
que Cesar os soltará
libremente.

ARNALDO.

No es mi daño,
el que yo siento. Pluguiera
al cielo en eso parára,
que el delito confesára,
porque Laura no tubiera
esta sospecha en su fama;
que es infamia conocida,
consolarme con mi vida,
tan á costa de mi dama.

CELIO.

Yo bien quisiera tener,
Arnaldo, una industria, un modo,
para sacaros de todo.

ARNALDO.

Uno solo puede haber.

CELIO.

¿Quál es?

ARNALDO.

Dexarme salir,
á avisar y disponer
á Laura, lo que ha de hacer,
y lo que yo he de decir;
no discrepemos los dos.

Lo que hemos de hacer, sepamos,
porque una cosa digamos.
Yo volveré, vive Dios,
brevemente.

CELIO.

No quisiera,
que os volvieran á buscar:
mas algo ha de aventurar,
el que serviros espera.
Pero ved, que de vos fia
mi honor su reputacion.

ARNALDO.

Yo volveré á la prision,
antes que declaré el dia.

CELIO.

Id con Dios.

ARNALDO.

Con eso alcanza
nuevas prisiones mi pena,
porque la mayor cadena
de un noble es la confianza.

Vanse los dos y dexan la luz.

D. CARLOS.

¿Fueronse? si. ¿A qué han entrado
estos hombres? ¡Oh, quién fuera
tan venturoso, que hubiera
oido, lo que han hablado!
Ni una palabra entendí,

ni una razon escuché;
y solo de aquesto sé,
que ya no estoy bien aqui.
Pues, entrando aqui esta gente,
es forzoso, que me vean;
y tantos contra mí sean.
Y en fin lo mas conveniente
es, el irme. ¡Oh quién contar
pudiera á Silvia, ay de mi,
esto, que ha pasado aqui!
¡Oh quien pudiera llamar,
sin hacer ruido! ¿Mas ya
para qué? Ella lo sabe,
pues vuelve, á torcer la llave.

Vuelven, á abrir.

¿Quién duda, que ella será?
Mato la luz; pero no.
Mejor es, que sea testigo,
que acredite, lo que digo.
¿Quien es, quien me busca?

Sale Don Cesar.

D. CESAR.

Yo.

Yo soy, Carlos.

D. CARLOS.

¡Señor, vos:::!

D. CESAR.

Dexad turbados extremos,

y sentaos; que tenemos,
que hablar á solas los dos.
Sientanse.
Señor Don Carlos Colona,
no os admire, no os espante,
que á estas horas os visite
en esta torre, esta carcel,
quien es en vuestros sucesos
avogado, Juez y parte,
y hace un todo de desdichas,
compuesto de dos mitades.
Yo quise pues esperar,
para hablaros, á que nadie
me vea entrar en vuestro quarto;
y asi vengo, quando yace
en el sepulcro del sueño
toda mi casa cadaver.
Confuso estareis, de oirme
tan apacible y afable
ahora, habiendome visto
hoy tan rigoroso antes.
Pues, para que no lo esteis,
reportaos y escuchadme;
que dificultades dichas;
ya no son dificultades.
Yo soy el mayor amigo
que ha tenido vuestro padre,
sin que esta amistad el tiempo,

ni la melle, ni la gaste.
La vida y el honor mio
le debo, y he de acordarme
entre tan grandes ofensas
de obligaciones tan grandes.
Acuerdome pues, que un dia,
siguiendo los estandartes
Católicos, que á los cielos
lleva en sus alas el ave
de dos cuellos, tube yo
con dos nobles de la sangre
de Nasau, deudos cercanos
del gran Príncipe de Orange,
un desafio, y saliendo
á campaña, porque iguales
estubiesemos, saqué
por segundo á vuestro padre.
En fe pues de su valor
salí ufano y arrogante,
tanto, que limpio mi honor
fue: mas no quiero, acordarme;
que se corre la vejez
de escuchar sus mocedades.
Esta obligacion y muchas
en mi pecho escritas trahe
mi valor; que un pecho noble
es lámina de diamante;
y siendolo, no, no es mucho,

que en mí dure, sin borrarse,
quando con buril de acero,
Carlos, la gravé con sangre.
Venisteis vos á Viena,
donde, (esto en silencio pase,)
la fortuna, que no hay, quien
mejores novelas trace,
por una parte me pone
en ocasion, de vengarme,
y de ampararos, por otra:
y yo en confusion tan grave
conociendo, que hay en mí
dos afectos tan iguales,
dos impulsos tan conformes,
dos deseos tan constantes
de piedades y rigores,
mezclandolos cada instante,
hago un cuerpo, en que no son,
ni rigores, ni piedades.
Preso estais en mi poder.
Desdicha fue, que os hallase
en aquel jardin, y bien
mostré, de veros, pesarme;
pues, por no veros, la capa
nunca os quité de delante.
No pude dexar entonces
entre obligaciones tales
de estar severo, y ahora

puedo dexar, de mostrarme
piadoso, porque pretendo,
satisfacer á ambas partes.
Y asi, si entonces fui Juez,
ahora amigo; si alli parte,
aqui avogado. Ved vos,
que disculpa podeis darme,
que descargo puedo haceros,
qué medio puede tomarse,
para que cumpla yo á un tiempo
con las quexas de mi sangre,
los ruegos de mi amistad,
las deudas de vuestro padre,
la obligacion de mi oficio;
y esto no lo sepa nadie,
porque, si ahora soy amigo,
mañana Juez. Dios os guarde.

Vase, cerrando la puerta.

D. CARLOS.

¡Que es, lo que pasa por mí!
¡Hay suceso mas notable!
¡Quién vió mayor confusion!
¡Quién vió mas extraño lance!
¡Don Cesar, quando escondido
aqui estoy, á visitarme
viene, sin que el verme aqui,
ni le enoje, ni le agravie!
¡Quando pensé, que venia,

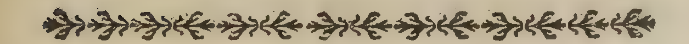
á prenderme, ó á matarme,
á contarme, viene, cielos,
desafios de mi padre!
Aqui hay algun grande engaño,
ó alguna traycion hay grande;
porque, (apuremos el caso,)
supongo, que sepa alguien,
que aqui me escondo. ¿Es posible,
que con tal paciencia trate
sus agravios? No; pues, quando
quiera por su honor, no darse
por entendido, pudiera
fingirlo prudente y grave
con la lengua y con la voz,
pero no con el semblante;
porque el semblante en un hombre,
ni puede mentir, ni sabe.
Pues sino pudo fingirse
tan vivamente este lance:
¿qué jardin es este, cielos,
donde me prendió? Dexadme
confusiones; que no es
posible, que un pecho baste,
á resistirse de tantas,
sin que la menor le mate.
A espacio, á espacio, desdichas;
á espacio, á espacio, pesares.
Vamos cojiendo los cabos

á este caso, que importante
será recojerlos todos,
porque no se desenlace
alguno; veamos, si hay
memoria, que tantos ate.
Yo á un caballero dí muerte
por un disfrazado angel;
su prima y su esposa á mí
dá esta torre, en que guardarme;
la tapada agradecida,
finezas trueca á diamantes;
un su amigo, que me busca
para darme muerte, llave
tiene de ese quarto, donde
entra libremente y sale:
el mismo, de quien yo huyo,
como Juez y como parte,
no habiendome allá prendido,
no extraña, que aqui me halle.
¡Pues que es, lo que puedo, hacer
en confusiones tan grandes!
Salir de aqui, es muy dificil,
esperar aqui, no es facil.
¡Oh que de cosas pendientes
se quedan para adelante!
Pues, es fuerza, que mañana
Don Cesar se desengañe,
Flora con él se disculpe,

la tapada se declare,
el enemigo se vengue.
Oxala, porque se allanen
tantos pielagos de penas,
montes de dificultades,
laberintos de recelos;
y si es, que habeis, de matarme,
no vengais á espacio, agravios,
no vengais á espacio, males;
aprisa, aprisa desdichas,
aprisa, aprisa, pesares.



JORNADA TERCERA.



Salen Flora y Silvia.

FLORA.

¿Qué me dices?

SILVIA.

Lo que pasa.
En pie la duda se está,
pues está Don Carlos ya
otra vez dentro de casa.

FLORA.

Ahunque acabas de decir,
lo que con él te pasó,
me parece á mí, que yo
no lo he acabado de oir:
y asi, antes que el alba fria,
envuelta en blanco arrebol
dé prisa, diciendo al sol,
que es hora, que venga el dia,
me levanto.

SILVIA.

Digo en fin,

que acostada te dexé:
que salí al jardin: que hallé
á Carlos en el jardin:
que al principio me turbó:
que al cabo me aseguré:
que la causa pregunté:
y que él me respondió,
diciendo, que habia venido
huyendo otra vez: que entró
por tal parte, y señaló
esas tapias, que han caido
á los jardines de Laura;
que allí, confesó, muriera,
si acaso yo no saliera:
que su temor le restaura
mi piedad, pues le socorre,
solamente por saber,
que tú lo has de agradecer,
y al fin que se está en la torre.

FLORA.

Lo que diera mi sentido,
porque Carlos no se hubiera
ido ahier, ahora diera,
porque no hubiera venido.
¡Oh que mal contento amor
vive siempre! ¡Quién habrá,
que te agrade! ¡Quién, si está
siempre flechado tu ardor!

Siempre se escuchan tus quexas,
trocando males y bienes,
por dexarlos, si los tienes,
por tenerlos, si los dexas.
Si ahier lloraste un olbido,
no llores hoy una fe;
si sentistes, que se fue,
no sientas, que haya venido;
que, ahunque daño pueda ser
mio, ver, que aqui volvió,
¿qué te importa á tí, si yo
te lo quiero agradecer?

SILVIA.

Con el discurso, señora,
hasta la puerta has llegado
de la torre.

FLORA.

Mi cuidado
el movil ha sido ahora
de esta accion mia, y no mia,
pues tanto me arrebató,
que me traxo, sin que yo
supiese, donde venia.
Abre ::: ¿Pero quién se ha entrado
hasta aquí? *ruido.*

SILVIA.

El hombre, que ves,
el sastre fingido es,

que fue de Carlos criado.

FLORA.

¡Qué aqui le dexen entrar!

SILVIA.

No asi tus labios se quexen;
que él se entra, ahunque no le dexen,
que es de humor muy singular.

FLORA.

Pues sal antes, que aquì llegue,
Silvia, y dile, que se vaya.

SILVIA.

¿Qué importa, si él no ha de hacerlo?

Sale Dinero.

DINERO.

Flora, la que llaman casta,
pluguiera á Dios, no lo fueras;
que no es justo, que las damas
de todo punto lo sean,
porque no sirven de nada:::

SILVIA.

Dexe esas necias locuras,
y vayase noramala.

DINERO.

¿No habrá un manto, que probar
siquiera?

ARNALDO *dentro.*

Oh infame! ¡Aqui estabas!

Dentro cuchilladas.

FLORA.

¿Qué ruido es este?

DINERO.

¿Qué ruido?
De muy lindas cuchilladas.

FLORA.

Dentro de la torre son.
¡Gran desdicha me amenaza!

ARNALDO.

Donde quiera, que yo hallare,
á quien me ofende y me agravia,
puedo darle muerte.

D. CARLOS.

Y yo
guardarme.

ARNALDO.

Estrecha es la sala,
y hemos venido á los brazos.

Salen los dos riñendo.

FLORA.

¡Qué miro!

ARNALDO.

¡El cielo me valga!

FLORA.

¡Ay triste!

ARNALDO.

Ahora traydor,
verás, si es rayo esta espada,

que sabrá, hacerte pedazos.

D. CARLOS.

No harás poco, si te guardas.

DINERO.

Para hallarle asi, mejor
fuera, que nunca le hallara.

FLORA.

¿Qué es esto, Arnaldo?

ARNALDO.

Trayciones
tuyas, pues que tú le amparas;
mas no es mucho, no; no es mucho,
si tú misma fuiste causa,
de que á tu primo matasen,
tener dentro de tu casa
á su homicida y tu amante;
que ahora me desengañas,
de que entonces fueron zelos;
y que el venirse á tu casa
tan sin temor, fué por esto.
Mas, ya que á tu sangre faltas,
no falte yo á la amistad,
tomando justa venganza.

FLORA.

Todo Arnaldo lo ha sabido, *ap.*
y que aqui Carlos estaba,
y ha entrado, á vengar su amigo.
¡Quién vió confusiones tantas! *riñen.*

D. CARLOS.

Pues si vengarte deseas,
¿qué es, lo que esperas? ¿Qué aguardas?

D. CESAR *saliendo.*

¿Qué es esto? A fuera. ¿Qué es esto?

FLORA.

Esto solo me faltaba.
Hoy muero.

D. CESAR.

¿Como se pierde
asi el respeto á mi casa?
Vive Dios.

ARNALDO.

Señor Don Cesar,
el que mas respeto guarda
á estas paredes, soy yo;
pero hallando en vuestra casa:::

FLORA.

¡Ya qué tengo, que esperar;
que todo aqui se declara! *ap.*

ARNALDO.

escondido ese traydor,
siendo Flora, quien le ampara,
pues, para darle la vida,
fingió, que por la ventana
salió, y á pesar de todos,
en esa torre le guarda,
quise:::

D. CESAR.

Suspended, Arnaldo
razones tan mal pensadas;
que es, en mi honor, vive Dios,
delito, el imaginarlas.
Si está en mi casa Don Carlos,
yo le he trahido á mi casa
preso; que tanto ha podido
mi cuidado y vigilancia,
que vine á prenderle anoche
en los jardines de Laura.
El traherle á aquesta torre,
es, por ser determinada
prision para caballeros,
ó porque yo tengo causas
para prenderle y honrarle,
y quiero, cumplir con ambas.
Y agradeced, que os respondo
con la lengua, y no la espada
á tan descortes malicia
y sospecha tan villana.
Flora es mi hija, y no pudo:::
Idos de aqui; no me haga
la cólera:::

ARNALDO.

El ha pensado, *ap.*
como en su casa le halla,
que es, el que anoche prendió;

pues me hace ia puerta franca,
y pues asi se asegura
la reputacion de Laura,
y él queda preso, y voy libre,
esto está mejor, que estaba.
Yo, señor:::

D. CESAR.

No os disculpeis.

ARNALDO.

entré:::

D. CESAR.

No hableis mas palabra.

ARNALDO.

osado:::

D. CESAR.

No prosigais.

ARNALDO.

porque fui amigo:::

D. CESAR.

¿Ahun no basta?
Vive Dios, que hagais os eche,
de esta suerte de mi casa.

Echale á empujones, y vanse.

FLORA.

¿Qué tengo ya que esperar?
Don Carlos, ya veis, á quántas
desdichas estoy expuesta.
Mi padre no ignora nada

de la verdad, pues Arnaldo
se lo ha dicho. Estoy turbada.
El decirle, que él te traxo,
supuesto que tal no pasa,
bien se vé, que es fingimiento,
por disimular su infamia;
mas con nosotros, con quienes
no puede fingir, es clara
cosa, que ha de declararse.
Mi vida, señor, ampara.

D. CARLOS.

Dices bien; ahunque esperé,
ser algun engaño causa
de su agrado, ya con esto
no me queda esa esperanza;
mas moriré en tu defensa.

FLORA.

Todo es malo, pues que guardas
mi vida contra mi vida.

Vuelve á salir Don Cesar.

SILVIA.

Sin duda, que aqui se matan.

D. CESAR.

Señor Don Carlos, aquella
de vuestra prision la estancia
es. Retiraos, y pensad,
que esta colera bizarra
de Arnaldo fue obligacion

de su amistad. Disculpadla;
que, pues la perdono yo,
bien podeis vos perdonarla.
Esto os pido, porque quiero
yo, que entre los dos se hagan
las amistades.

FLORA.

¿Qué es esto?
¡Quándo su muerte esperaba,
tan cortesmente le ruega!
¡Tan blandamente le habla!

D. CARLOS.

En Cesar sin duda hay mucha
prudencia, ó mucha ignorancia;
y de qualquiera manera
será mejor apurarlas.
Y, pues son tales mis penas,
y tan grandes mis desgracias,
que es la menor, estar preso,
esto está mejor, que estaba.
En todo he de obedeceros. *vase.*

DINERO.

Ahora entro yo en la danza.

D. CESAR.

¿Vos, qué haceis?

DINERO.

Viendo, que aqui
la fiesta se celebraba

del amo perdido, al punto
dexé tienda, perchas, tabla,
dedal, hilo, seda, agujas,
jabon, pergamino y vara,
tixeras, cincel, patrones,
retazos, mentiras, trampas,
eccetera, y vine aqui,
no pensando, que enfádara
Dinero; mas yo me iré
muy mucho de en hora mala;
que para tí no hay mas ruegos,
ya lo sé, que irse, el que cansa.

D. CESAR.

Si á vuestro amo buscais,
entrad con él.

DINERO.

Lo que mandas,
está tan puesto en razon,
que no respondo palabra. *vase.*

FLORA.

A todos ha respondido,
y conmigo solo, trata,
quedarse. La puerta cierra.

D. CESAR.

Silvia, allá fuera te aguarda.

Vase Silvia.

FLORA.

Esto es hecho. No hay remedio

mejor, que echarme á sus plantas;
y contarle la verdad.
Señor:::

D. CESAR.

¡Qué es esto! Levanta.

FLORA.

Arnaldo te ha dicho:::

D. CESAR.

Si;
que tu á Carlos ocultabas
en casa.

FLORA.

Yo soy tu hija,
y el valor tuyo fue causa:::

D. CESAR.

De sentir, que de tí formen
sospechas tan mal fundadas,
para disculparse á si.
Estarás muy enojada,
de que tal atrevimiento,
sin castigarle se vaya.
Y tienes mucha razon;
mas como conmigo hablaba,
que sé la verdad de todo,
no me dió cuidado nada.
No estés enojada, Flora;
que quiero, que por mí hagas
una fineza. De este hombre,

que he trahido preso á casa,
desde hoy mandarás, que tenga
cuidado alguna criada
en su regalo; verás,
como, al que ahier buscaba,
para darle muerte, hoy
festejo. Como esto pasa
en el mundo, que es un monstruo
compuesto de partes varias,
pues lo que es agravio hoy,
es obligacion mañana,
y á ningun muerto en efecto
fue sufragio la venganza.
No puedo decirte mas;
que son historias muy largas.
A Dios, á Dios. *vase.*

FLORA.

¡Santos cielos,
qué es esto, que por mí pasa!
¡Mí padre dice, que traxo
preso á Carlos, cosa extraña:
y Silvia, que en el jardin
le halló, y, quando yo esperaba
el disgusto de mi padre,
que le regale, me manda!
¿Sueño? Sí; que no es posible,
que lance tan nuevo haya
en el mundo, que convierta

él mal en bien; pero basta;
que de qualquiera manera,
esto está mejor, que estaba.

Sale Laura.

LAURA.

¿Flora hermosa?

FLORA.

¿Laura mia?
¡Qué es esto! ¡Tan de mañana
á visitarme!

LAURA.

Sí, Flora;
que un triste nunca descansa.
A buscarte, vengo, amiga,
llena de penas y ansias,
y á depositar en tí
todo el thesoro del alma.
No habré menester decirte
de mis tristezas la causa,
porque tristezas de amor
se dicen, sin pronunciarlas.
Un hombre en tu casa está
preso. Vida, honor y fama,
verle y hablarle, me importa.
Hablando conmigo estaba
anoche, porque es el dueño
de todas mis esperanzas,
quando quisieron los cielos,

que de mi casa á tu casa
le pasasen mis desdichas.
Y ahunque por la confianza
del Alcayde, volvió á verme,
no me pudo decir nada;
que estaba despierto Fabio.
Por tu vida, que des traza,
para que yo le hable, y sea
la respuesta, executarla;
que nunca dan mas espacio
las penas y las desgracias.

FLORA.

Valgame el cielo. ¡Qué escucho!

LAURA.

¡Pues no me respondes nada!

FLORA.

No sé, como responderte.
Y es verdad, porque palabras, *ap.*
que trahen la hierba de zelos,
son el veneno del alma.
Apenas de haber salido
de un mal, daba al cielo gracias,
quando vuelvo á dar las quexas.
¡Oh, cómo es cosa asentada,
que son cobardes las penas,
pues siempre en quadrillas andan!
Laura es dama de Don Carlos,
Carlos es galan de Laura.

Anoche, quando salió
de aqui, se fue, á visitarla.
Desde su jardin, adonde
hablando con ella estaba,
pasó al mio. Bien lo dice
ella, pues dice, ay tyrana,
que le pasó una desdicha
desde su casa á mi casa.
Pues si á Carlos Laura quiere,
pues si á Laura Carlos ama,
volved atras, pensamientos,
que ahun no está mejor, que estaba.

LAURA.

¿Qué me respondes? ¿Qué dices?
¿Qué tienes?

FLORA.

No sé, qué haga.
¿Daré paso yo á mis zelos,
tercera á sus esperanzas?
No; que ninguno guardó,
á sus zelos las espaldas.

LAURA.

¿Por qué con tal turbacion
me miras?

FLORA.

Porque me mandas
cosa, en que será imposible
servirte. Siempre cerrada

la puerta está, que responde
el quarto, donde se guarda
ese hombre, y el Alcayde
por otra calle se manda.

LAURA.

¿Hay mas de abrir esa puerta?

FLORA.

Mas hay, porque está clavada.

LAURA.

Romperla, y dexarla en falso.

FLORA.

Veranlo aquesas criadas.

LAURA.

¡Oh, que de dificultades
me pones!

FLORA.

¿De qué te cansas?

LAURA.

De que, si fueras mi amiga,
inconvenientes no halláras.

FLORA.

Yo hago:::

LAURA.

No me digas mas.

FLORA.

mas que puedo.

LAURA.

Tù te engañas.

Sale Don Cesar.

D. CESAR.

¿Qué voces, Flora, son estas?
¿Qué voces son estas, Laura?
¡Las dos amigas asi
se enojan!

FLORA.

No ha sido nada.

LAURA.

No es sino mucho, y pues traxe
dos diligencias pensadas,
he de intentar la segunda,
pues la primera me falta;
y en lagrimas y suspiros
salgan de mi pecho, salgan
de una vez tantos pesares,
de una vez desdichas tantas.
Escuchadme. Yo, señor,
vengo con un desengaño,
á sacarte de un engaño,
á librarte de su error.
A un caballero le dí
ocasion, de que me viera
en mi casa: (¡Oh, si pudiera
esto decirse sin mí!)
quando un hombre, que venia
huyendo de dos, se entró
en el jardin, y pasó

á esta casa de la mia.
Vos, siguiendole, llegastes,
y á mi amante (ay penas tristes)
por el hombre, que seguistes,
preso á una torre enviastes.
No me pude declarar
por mi hermano, y ahora vengo,
con la obligacion, que tengo,
ó señor, á suplicar,
que con generoso indicio
mireis por mi fama pues;
soltadle; pues que no es,
el que dió la muerte á Licio.
Con mi hermano disculpada
quede yo, en hallarle allí.

D. CESAR.

En toda mi vida ví
mentira mas mal trazada.
Señora, si vuestro amor
quiere, ostentando finezas,
tomar vado en sus tristezas,
hallar puerto á su dolor,
no ha de ser con fingimientos
neciamente imaginados;
mejor negocian postrados
los ruegos y rendimientos.
Porque, si el que yo seguí,
y en vuestro jardin hallé,

Don Carlos Colona fue,
y es el mismo, que está aqui;
¿qué sirven engaños?

LAURA.

Esa
es mi desdicha cruel,
el presumir vos, que es el.

D. CESAR.

Pues si el mismo lo confiesa,
¿puede el mismo mentir?

LAURA.

Sí;
que por no formar, señor,
sospechas contra mi honor,
querrá condenarse á si.

D. CESAR.

Quando en su pecho cupiera
una fineza tan rara,
que el delito confesára,
y él mintiera, no mintiera
un criado, que ha venido
con él, le ha visto y le ha hablado.

LAURA.

Puede mentir el criado.

D. CESAR.

Hareis, que pierda el sentido.
¿Y si yo mismo al instante,
que le envié preso aqui,
á solas le hablé y le ví,

y él:::?

LAURA.

No paseis mas adelante.
¿Vos le hablasteis? ¿Vos le visteis?

D. CESAR.

Yo mismo, yo mismo, yo.

LAURA.

Pues será otro; pero no
el que en mi casa prendisteis;
porque vos le conoceis,
al que en mi jardin hablaba.

FLORA.

Esto está mejor, que estaba.

D. CESAR.

Si eso persuadir quereis,
dexadme por Dios, señora,
que es querer, que un fingimiento
me quite el entendimiento.
Dile, por tu vida, Flora,
como, el que anoche prendí,
Don Carlos Colona es.

FLORA.

¿Eso tiene duda? ¿Pues
el que ahora está preso aqui,
muy bien le conozco yo,
y es el mismo, que venia
huyendo aquel mismo dia,
ah infelice, qué dió

la muerte en el campo á Licio.

D. CESAR.

Diselo asi, porque temo,
que su locura y mi extremo
me quieren quitar el juicio, *vase.*

FLORA.

¿Pues qué duda puede haber
en verdad tan asentada?

LAURA.

Flora, no me digas nada;
que yo lo sabré saber.

FLORA.

Como de mi mal me espanto,
del tuyo, Laura, tambien;
mas de mi mal, ó mi bien,
hoy veré el fin. Dame un manto,
Silvia. *en voz alta.*

Sale Silvia.

SILVIA.

¿Qué quieres hacer?
¿No ves, que ya su criado,
que eres tu, le habrá contado,
la tapada?

FLORA.

Que temer
no tengo. Venza el rigor
de tan confusos desvelos,
y denme muerte mis zelos,

ó deme vida su amor. *vanse.*

Salen Don Carlos y Dinero.

DINERO.

Lastima es, vive el cielo,
si credito he de dar á tu desvelo,
que un amante no seas
de novela.

D. CARLOS.

Pues oye, si deseas
saber todo el suceso.
Estaba yo escondido, donde preso
ahora estoy, quando vino
otra dama de ingenio peregrino,
á buscarme tapada,
diciendo, que de mí estaba obligada,
porque la dama era,
que fue de mi rigor causa primera.
Esta pues:::

DINERO.

Era Flora.

D. CARLOS.

¡Qué dices!

DINERO.

La verdad escucha ahora.
Flora es esa tapada,
que á visitarte vino disfrazada;
yo lo sé, porque estaba
contigo, quando yo, que te buscaba,

la saqué de un aprieto
con su padre, fingiendome en efecto
sastre. Al cielo pluguiera,
que antes, que sastre, diablo me fingiera.
Cesar, adonde iba, preguntaba,
y ella dixo, que un manto se probaba,
que yo entonces trahia; de manera,
que Flora es la tapada.

D. CARLOS.

Aguarda, espera;
que, si vamos juntando (do
partes, hay muchas, que lo abonen. Quan-
riñendo Arnaldo estaba,
dixo, que darme muerte, procuraba,
por vengar á su primo, cuya muerte
ella causó; de suerte,
que habiendo ella causado
la muerte de su primo, con cuidado
ampararme obligada,
visitarme tapada,
guardarme temerosa,
y obligarme en efecto generosa:
muchas verdades son, ó yo las creo,
por lo que persuadir sabe el deseo.
¿Quien decirte pudiera
del modo, que la vi, quando mi fiera
suerte, por la pared de esos jardines,
me ocasionó volverme á sus jazmines?

DINERO.

No todo sea pesar, va de pintura.

D. CARLOS.

Escuchame, ahunque enoje su hermosura.
Ya te dixe, como anoche
de aquesta casa me fui,
y que en la calle Don Cesar,
me reconoció, al salir.
Ya te dixe, como huyendo
de un lance en otro, caí
á un jardin, donde un amante
favorecido y feliz
gozaba su paraiso,
sin temor de serafin,
pues le tenia en sus brazos;
pues escucha desde aqui.
A los jardines de Flora
pasé, y confuso me ví,
porque entre los laberintos
de su amoroso pais
que los arrayanes texen
con los olivos, me perdí.
Era la noche medrosa
monstruo tan cobarde y vil,
y pisando blandamente,
el clavel y el alhelí,
no dexó á fuentes, ni flores,
ni murmurar, ni reir.

Entre nieblas empañado
el christalino viril,
sepultó abismos de estrellas
en túmulos de zafir.
De esta suerte discurria,
quando entre las sombras ví
un nocturno rayo, cuyo
norte me obligó á seguir
su luz. Hallé pues por una
celosia de jazmin
entreabierta una ventana,
que el ayre debió de abrir,
para penetrar su cielo,
enamorado y sutil.
Estaba entre sus criadas
Flora, bien como lucir
suele entre vasallas flores
la rosa su emperatriz.
Una, hincada la rodilla,
en un azafate allí,
recojia los despojos
de su victoria gentil.
Desenlanzó las sortijas
de la prision de marfil,
y luego acudió al cabello,
donde, como Flora en fin;
fue desperdiciando flores,
tan hijas suyas, que oí,

para adornarse otra aurora,
se las invidió el jardin;
porque por desechos suyos
llaman galan al Abril.
De los cuidados del dia
ya absuelto el cabello ví,
siendo oceano de rayos,
donde la mano feliz,
Bucentoro de christal,
corrió tormenta de Ophir.
Tan hermoso el desaliño
era, que quise decir,
mal haya el aliño, donde
es el desaliño asi.
Luego, á mas leve precepto
rendido, le volvió á asir
en una red de oro y seda,
labrada á colores mil.
En cotilla y en enaguas
quedó de un verde tabí;
que como es Flora, no quiso
ajeno color vestir.
Una guarnicion no mas
era el ultimo perfil,
donde en lineas de oro iba
á rematar y morir,
otra hermosa Primavera
de muchas flores de lis;

y como al joven verano
sigue el cano invierno, asi
se miró á esta verde pompa
la blanca nieve seguir
de otra enagua de cambray,
que crepusculo sutil,
no dexaba entre dos luces,
ni obscurecer, ni lucir.
La estatura de otro dia
fiada dexó al chapin,
quedando su perfeccion,
menos no, mas menor sí.
Sentóse sobre la cama,
que era acaso carmesi;
¿quando no se acuesta el sol
tras cortinas de carmin?
Aqui cegaron mis ojos,
porque una criada aqui,
á descalzarla, se puso,
las espaldas hácia mí:
y por mas, que codicioso,
bruxulear y descubrir
quise, entre lejos y sombras
solo alcanzé, solo ví,
no sé, que rasgos de nacar
de un cendal de azul turquí,
abrazados, y una caxa,
si se pudo percibir,

porque era un atomo breve,
que nació para vivir
concha de la menor perla,
boton del mejor jazmin.
Pusose sobre los hombros
otro rico faldellin,
porque un baño las criadas
la empezaron á servir.
De las lagrimas, que el alba
llora, quando va á salir,
debió de ser, porque entonces
todo respiró ambar gris.
Metió los pies en el agua,
y travaron entre sí
christales contra cristales
una batalla civil;
y como estatua de nieve
era Flora, y yo la ví,
por ser con christal quaxado,
deshecho christal temí,
que la estatua por los pies
se empezaba á derretir.
En aqueste punto, Silvia,
de gasas quitó un terliz
á las almohadas, y abrió
el lecho, donde á dormir
se reclinó mejor sol,
que el que en campo de zafir

suele madrugar topacio,
suele acostarse rubí.
Corrieronle la cortina,
dexandome á mí sin mí,
en manos de mi temor,
venturoso é infeliz,
hasta que Silvia salió,
como ya te referí.
Y lo que me admiró mas,
fue, viendo esparcir asi
sus adornos, que mañana
sepa volverse à vestir.

DINERO.

Con todo quanto has gastado
de ambar, clavel y jazmin,
se te olbida lo mejor
de su adorno.

D. CARLOS.

¿Cómo asi?

DINERO.

¿No trahia guarda-infante.
Flora, señor?

D. CARLOS.

Luego ví,
que habia de ser frialdad,
la que ibas, á decir.

DINERO.

Ya que tú me la has pintado,

puesto, que yo no le ví,
quiero pintartele yo.
Va pendiente de la cin-
tura, en quanto la enagua
dexó enjauladas las tri-
pas en un enjugador,
barba de ballena y cin-
tas, que como las enaguas
al humo de las pasti-
llas se curan, no se halla
sin enjugador y sin
perfumes; y en conclusion
est custos infantis sic;
que por no espantar á tantos,
decirlo, quise en latin.

CELIO *saliendo por una puerta.*

Advertido ya de quanto *ap.*
pasó á Arnaldo, he que fingir,
que este es el preso que anoche,
Don Cesar me encargó á mí.
Una tapada mujer
te busca, y ahunque yo aqui
no tengo tanta licencia,
en algo te he de servir.

DINERO.

Ahora verás, si es Flora.

D. CARLOS.

Merced, me hace. Si es asi,

tendrán premio tus albricias,
tendrán mis desdichas fin. *vase Celio.*

Sale Silvia por otra puerta.

SILVIA.

Aquella dama tapada,
que te vino á ver, aqui
vuelve otra vez.

D. CARLOS.

Ya lo sé;
mas, que puede entrar, le dí. *vase Silvia.*

Salen Celio y Laura por una puerta.

CELIO.

Aquel, señora, es el preso,
que buscais y que decís.

Salen Silvia y Flora por otra.

SILVIA.

Solo está; bien llegar puedo.

D. CARLOS.

¡Qué miro! ¡Que quando aqui
una tapada esperaba,
vienen dos!

DINERO.

Es de sentir;
que á mas moros mas ganancia,
el refran suele decir:
mas á mas christianos, no.

LAURA.

¿Señor?

FLORA.

¿Carlos?

LAURA.

Ay de mí,
que este no es Arnaldo.

FLORA.

¡Cielos,
esta es Laura!

D. CARLOS.

Proseguid.
¿Por qué os retirais las dos?
¿Qué mandais? ¿A qué venís?

LAURA.

Yo no tengo, que deciros,
porque, en mirandoos, perdí
la memoria. Aquella es Flora.

FLORA.

La voluntad yo.

D. CARLOS.

Advertid,
que solo el entendimiento,
hay que perder para mí;
y antes, que le pierda, sepa,
¿qué haceis aqui, ó qué decís?

LAURA.

Yo no tengo ya, que hacer.

FLORA.

Ni yo tengo, qué decir.

D. CARLOS.

Embozadas hermosuras,
que detrás de ese nublado,
antes de haberme alumbrado.
me quereis dexar á obscuras:
piedades son mal seguras,
iros, sin que os haya oido;
que, si ver el bien perdido,
quien le tubo, es gran desden,
¿qué será, perder el bien,
antes de haberle tenido?
Y si á un dia al arrebol,
sigue una noche importuna,
quedando á pagar la luna,
obligaciones del sol:
si un farol á otro farol
mas ó menos rayos fia,
advertid, que es tyrania,
á que ninguna igualó,
que pase dos noches yo,
sin deberselas al dia.

LAURA.

Yo no me he de descubrir,
porque no os importa á vos,
ni á mí, porque, donde hay dos,
de nada puedo servir.

DINERO.

Por mí deben de venir.

D. CARLOS.

Apartate. No teneis,
que rezelaros, pues veis,
que, si tanto habeis tardado,
que dos noches han pasado,
dos auroras me debeis.

Sale Celio.

CELIO.

En mi quarto mi señor
os espera, porque quiere,
(tanto su fama prefiere
al sentimiento el valor,
y á la piedad el favor,)
hacer hoy las amistades
de Arnaldo y vuestras.

D. CARLOS.

Verdades,
sus ofrecimientos son.
Rompa pues mi confusion
por tantas dificultades.
Ya veis, que es fuerza, asistir,
donde me llaman. A Dios.

DINERO.

Yo me quedo entre las dos.

D. CARLOS.

A ninguna dexes ir. *vase.*

DINERO.

Ea, tiempo es de envestir.

FLORA.

¿Si muero, por qué dilato
el desengaño?

LAURA.

Yo trato,
de averiguar mis rezelos.

DINERO.

Si ello hay batalla de zelos,
yo he de tener lindo rato.

FLORA *á Silvia.*

Tú por un instante aguarda.
Alli puedes apartarte. *vase.*
¿Laura?

LAURA.

Sí.

FLORA.

Pues oye aparte.

LAURA.

Escucha tu aparte, Flora.

FLORA.

Mi sentimiento no ignora::: *ap.*

LAURA.

Bien conoce mis extremos::: *ap.*

FLORA.

que de un mal adolecemos. *ap.*

LAURA.

que padecemos un daño. *ap.*

FLORA.

Cúrenos un desengaño.

LAURA.

O muramos, ó sanemos.

FLORA.

¿Tú, á Carlos, Laura, has seguido?

LAURA.

¡Yo á Carlos! Haste engañado;
porque en mi vida le he hablado,
y apenas le he conocido.

FLORA.

¿Pues cómo, á verle, has venido
de esta suerte?

LAURA.

Yo no vengo,
á ver :::

FLORA.

Mayor duda tengo.

LAURA.

á Carlos: á Arnaldo si,
que preso ha de estar aqui.

FLORA.

Ya el desengaño prevengo.
¡Arnaldo, Laura, fue, á quien
mi padre anoche prendió!

LAURA.

Por eso, le busco yo.

FLORA.

¿Y es el que tú quieres bien?

LAURA.

Sí.

FLORA.

¿Y el que anoche tambien
en tus jardines te hablaba?

LAURA.

El era, el que se ocultaba.

FLORA.

¿No Carlos?

LAURA.

¡Con Carlos yo!

FLORA.

¿Luego no le quieres?

LAURA.

No.

FLORA.

Pues mejor está, que estaba;
y en albricias darte quiero
otra buena nueva ya.
Arnaldo preso no está.

LAURA.

¡Cómo!

FLORA.

Como de aqui infiero,
que Carlos fue el prisionero,
y á Arnaldo dexaron fuera.

LAURA.

¿Luego de aquesa manera,
no tengo ya, que temer

FLORA.

No. ¿Pues no se ha de saber?

LAURA.

¿Luego ya mi pena fiera,
tan felizmente se acaba,
que mi opinion y mi hermano
se asegura?

FLORA.

Esto esta llano.

LAURA.

Pues mejor está, que estaba.

DINERO.

¿Puede haber pena mas brava.
que no oir uno, hablando dos?
O dueñas, ó decidlo vos.

LAURA.

Pues encerrados están,
y el paso franco me dan;
á Dios, Flora. *vase.*

FLORA.

Laura, á Dios.

DINERO.

La una se va por aqui:
la otra por acá, y despues
esta entra en casa; esta es,

y he de declararme ansi.

Detiene á Flora.

FLORA.

¿Qué es lo que haceis?

DINERO.

Miro aqui,
si está bien hecho este manto.
Mal redondo un tanto quanto
quedó. Quitaosle, porque
le vuelva al maestro.

FLORA.

¡No sé,
que decis!

DINERO.

Poco me espanto;
que yo tampoco me entiendo,
mas suelo darme á entender.

Vuelve Laura alborotada.

LAURA.

Flora amiga, si deseas
mi vida, amparame.

FLORA.

¿Qué
te ha sucedido?

LAURA.

Mi hermano
al salir, me pudo ver,

y me sigue. ¿Mas que temo?
Por esta puerta me iré,
y cerrandola tras mí,
asi me aseguro de él.

Vase y cierra la puerta.

FLORA.

No cierres; detente; espera.
Dexame á mí entrar tambien.
La puerta cierra; el temor
no la aseguró. ¿Qué haré?

Sale Fabio.

FABIO.

¿Laura en aquestos umbrales,
y desde el amanecer
fuera de casa? ¡Ay de mí!
Mis zelos dixeron bien.
¡*Pero quándo dicen mal*
las desdichas, que han de ser!
¡El embozado, y ella
en su prision! Entraré,
ahunque me lo estorbe el mundo.
¡Ah falsa, aleve y cruel!
¿Piensas, que de tus trayciones
toda la culpa no sé?

FLORA.

¿Qué haré? Porque descubrirme,
ni encubrirme, me está bien.

FABIO.

Mas yo me sabré, vengar,
como declararme sé;
que zelos de honor no mas,
se han de pedir de una vez.

DINERO.

Detente, cuerpo de Christo.
¿No tengo yo de saber,
á que sabe, ser valiente
en mi vida alguna vez?
Y quizá aqueste es gallina.
No es hombre noble y cortes,
el que tan groseramente
atropella una mujer.
¿Quién me mete en esto á mí?

FABIO.

¿Quereisla vos defender?

DINERO.

Si quiero, y vuelvo á envidar.

FABIO.

Pues veamos, si podeis.

Sacan las espadas.

DINERO.

Luego habrá, quien meta paz.

Salen Arnaldo y todos.

ARNALDO.

Las espadas suspended.

DINERO.

¡A qué buen tiempo han llegado!

FLORA.

¡Ay estrella mas cruel,
que la mia! Aqui es forzoso,
que me hayan, de conocer.

D. CESAR.

¡Pues señor Don Fabio, aqui
estos extremos haceis!

DINERO.

Si tardan un poco mas,
vive Dios, que echo á correr.

FABIO.

Señor Don Cesar, yo tengo
para el extremo, que veis,
ocasion, y solo os ruego,
que no me la pregunteis.
Con esa dama en la calle
he tenido no sé qué.
Entróse huyendo hasta aqui;
y tras ella hasta aqui entré;
pusoseme ese criado
delante:::

DINERO.

Y hice muy bien.

FABIO.

Todo importa poco. Asi
os suplico, que me deis

liceneia, para llevarla.

FLORA.

Nada me estará tan bien. *ap.*

ARNALDO.

¿Quién esta mujer será?

D. CESAR.

¡Triste de mí, que esta es
su hermana! Bien lo declara,
que á Don Carlos viene, á ver.

DINERO.

¿Esto en efecto es reñir?
Pues cosa bien facil es.

FABIO.

Venid.

D. CARLOS.

Eso no. Esta dama,
ahunque su nombre no sé,
ni quien es, ni lo que os mueve,
á mí me ha venido, á ver;
y no ha de ir con vos, sin que ella
me diga, que le está bien.

FLORA.

Pensando, que me defiende
Carlos, me ha echado, á perder.

D. CESAR.

No hay palabra, que no sea
un nuevo empeño.

FABIO.

Sabré
desempeñar, lo que he dicho
hasta morir, ó vencer.

DINERO.

No se me ha de pasar dia,
sin reñir alguna vez.

D. CESAR.

¿No mirais, que estoy aqui?
¿Qué es esto? Mas ahora bien;
no ha de ir con vos, ni con nadie.
Esto en efecto ha de ser;
y mientras, que se averigua
el caso, en mi casa esté
en compañia de Flora.

FLORA.

Esto solo podia ser
el remedio de mi vida.

D. CESAR.

Segura estará; que á fe,
que nunca aprendiera de ella
los lances, en que se vé.
Venid, señora; y por cierto
muy poca razon teneis,
en aventuraros tanto
una principal mujer.

DINERO.

He de reñir cada dia,

hasta que alguno me dé.

FABIO.

Señor Don Cesar, no son
cosas, las que llego, á ver,
tan fáciles de pensar,
que suspensas queden bien.
Esa mujer es mi hermana.
Ya lo dixe, y no me iré,
sin que mi honor y su honor
queden libres.

ARNALDO.

¡Laura es!
Pues ya aquesta obligacion
á mi me toca, porque,
quien le sacó de su casa,
y á quien ella viene, á ver,
soy yo.

D. CESAR.

Esto solo faltaba,
ahora de suceder,
¡A veros, Arnaldo, á vos!
¡Aqui, cómo ó para qué!

DINERO.

¡Ah, qué gusto es tirar una
de tajo, otra de reves!

ARNALDO.

Ya me es forzoso, decirlo;
que, si ha de ser mi mujer.

mejor es, que lo sepais,
que no, que lo sospecheis.
Yo soy, el que vos prendisteis
en su jardin, porque en él
estaba con Laura yo,
digno premio de mi fé,
quando en él entró Don Carlos.
Dile paso, y me quedé
yo empeñado.

D. CESAR.

¡Segun eso,
ella porfiaba bien!
Mas ahora de mi agravio
la duda se queda en pie.
¿Cómo estabais en mi casa
vos?

D. CARLOS.

Esto me has de deber, *ap.*
Flora; que no he de culparte.
Como á esta casa pasé,
y llegando á aqueste quarto,
como tan solo le hallé,
me pareció, que estaria
mas seguro, quando á él
pasasteis, y como os ví
de mi padre amigo fiel,
fiado en vuestra amistad,
ni me fui, ni me ausenté.

DINERO.

Pongome de firme á firme,
doy el tajo, y meto pies.

FABIO.

Que seais vos, ó sea Don Carlos,
yo me he de satisfacer.

ARNALDO.

Yo defenderla.

D. CESAR.

Apartad;
que ni uno ni otro ha de ser.
Entrad en ese aposento, *abriendo.*
y averiguemos despues:::
¿Mas quien está aqui?

LAURA *saliendo.*

Yo soy,
que á Flora he venido, á ver;
y escuchando aqui á mi hermano,
vengo, á saber, lo que es.

D. CESAR.

En verdad, señor Don Fabio,
que es muy bueno, lo que veis.
Está estotra con mi hija,
y quereis dar, á entender,
que es, la que tapada está.

FABIO.

A nadie le está mas bien,
que á mi, el haberse engañado.

Confieso, que engaño fue.

ARNALDO.

Pues si aquesta es Laura, cielos,
¿quién esta tapada es?

D. CESAR.

Descubrios ya, señora,
quien quiera, que seais, porque
salgamos de tanto engaño. *descubrela.*
¡Qué es, lo que miro! ¡Ah cruel!

DINERO.

¡Oh que bien hecho está el manto!
No te enojes; que esto es
probarle, que en este punto
le acabé yo de traher.

D. CESAR.

Ahora conozco mi error.
Muerte, ingrata, te daré.

D. CARLOS.

Ved el empeño, en que estoy,
porque la he de defender.

D. CESAR.

Quien no fuere su marido,
¿cómo, dime, ha de poder,
defenderla contra mí?

D. CARLOS.

Siendolo, señor, podré.

D. CESAR.

Si yo casar á Don Carlos

con Flora, siempre pensé,
para poder, perdonarle,
y esto vino, á suceder,
¿de qué me puedo quexar?

FABIO.

Yo deseaba tanto, el ver
empleada en vos mi hermana,
que me ha pesado, de que
ella no fuese.

ARNALDO.

Si yo
llegar puedo á merecer
la mano de Laura hermosa
rendida os pide mi fe
permitais á mi ventura
este favor.

FABIO.

Vuestra es
Laura; pues con tanta dicha
todos quedaremos bien.

LAURA.

Esta es mi mano.

ARNALDO.

Y la mia
con toda el alma os daré.

DINERO.

Y pues tras tantos engaños
el mal se convirtió en bien,

si es bien casarse, las faltas
nos perdonad.

D. CARLOS.

Y diré,
que esta Comedia, que ofrece
el autor á vuestros pies,
hoy está Mejor que Estaba,
si os ha parecido bien.

